JOAQUÍN DICENTA

Los irresponsables

DRAMA

en tres actos y en verso, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

20

LOS IRRESPONSABLES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS IRRESPONSABLES

DRAMA

en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 27 de Noviembre de 1890

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LOPEZ

N.º de la procedencia
3370

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Srta. Guerrero.
ROSA	Parejo.
FELIPE	Sr. Calvo (D. R.)
DON ANSELMO	Jiménez (D.)
PADRE ANDRÉS	Pérez.
CARLOS	Rivelles.
GASPAR	Molina.
JOSÉ	Calvo (J.)

ACTO PRIMERO

El teatro representa el comedor de una casa de campo. En el fondo una plataforma con balaustrada de piedra que supone dar al jardín. Dos puertas en el lateral derecha y una puerta y una ventana practicable en el izquierda. El decorado de la habitación propio y conveniente a una casa rica de aldea. En el primer termino, a la izquierda del espectador, un sillón, a la derecha un sofá.

ESCENA PRIMERA

ROSA y MARGARITA junto a la ventana

Rosa ¿No los ve usted allá arriba
al final de la vereda
del atajo? El de delante
es don Anselmo, y aquella
sotana que se columpia
sobre el trigo que verdea,
el Padre Andrés; y el que sigue
detrás, esa buena pieza
de Gaspar. Lo que es a éste
aunque fuese de una legua
le conocía.

Mar. El cariño
ve mucho, Rosa, y no encuentra
obstáculos en la distancia.
¿No es verdad?

Rosa Puede que sea
el cariño, señorita.
El caso es que cuando cierra

722951

la noche y está el camino
obscuro como una cueva,
yo, asomada a la ventana
como se asoma el que espera,
con el cuerpo hacia adelante
y estirando la cabeza,
entre los pasos de todos
los que vuelven a la aldea,
sé que pasos son los suyos,
si anda lejos o anda cerca
y le oigo hablar aunque no hable,
y con la mirada puesta
en la obscuridad, le veo
sin que mis ojos le vean.

Mar. ¿Y él?

Rosa Como todos los hombres;
queriéndome a su manera,
menos que yo, pero es bueno,
y honrado y no tengo queja.

Mar. En querer y ser querida
¡qué gran ventura se encuentra!

Rosa ¡Vaya! Y usted bien lo sabe
porque la quieren de veras.

Mar. ¿Quererme?

Rosa Por don Felipe
hablaba. Yo no estoy ciega
y le he mirado a los ojos
cuando mira a usted.

Mar. Ya llegan.
(Dirigiéndose al fondo.)

Rosa El cura comerá en casa
porque hoy es día de fiesta,
y antes falta él a su misa
que faltar a nuestra mesa.

ESCENA II

MARGARITA y ROSA; DON ANSELMO y el PADRE ANDRÉS, por el fondo

Mar. ¡Padre mío!

Ans. ¡Hija del alma!
(Abraza a Margarita.)
¿Tardé mucho en dar la vuelta?
(Ademán negativo en Margarita.)

P. And. Eso; al padre mil caricias
y ni una frase siquiera
a este viejo.

Mar. ¡Señor cura!

P. And. Ingratona. ¡Cómo pesa
el calor! Estoy rendido
y tengo las fauces secas.

Mar. ¿Quiere usted un vaso de agua?
¿Rosa?

Rosa Más clara y más buena
que la de aquí, señor cura,
no la hay en toda la aldea.

P. And. Gracias a ti.

Rosa Y al botijo
y al aire que lo refresca.

P. And. Pues no la desperdiciemos.

Ans. Tráela pronto.

Rosa Voy.

(Se dirige a la balaustrada donde habrá un botijo y llena de agua un vaso.)

P. And. Espera
y dame antes un cepillo.

(Rosa deja el vaso sobre el aparador y sale por la derecha.)

Porque esa naturaleza
que tanto agrada a tu padre
y a mí tanto me molesta,
en cuanto ve mi sotana
larga, triste, pobre y negra,
parece como que siente
ira o aversión contra ella,
y que al mancharla de polvo
la dice en son de protesta:
yo que ofrezco vida al mundo,
y esplendores a la tierra
y perfumes al espacio,
y goces a la existencia,
a ti no te ofrezco nada,
todo contra ti me alienta;
yo soy luz y tú eres sombra;
y cuando hacia mí te acercas,
te doy lo que se deshace,
lo que gérmenes no lleva,
este polvo árido, estéril
residuo de la materia
que ni embellece ni encanta,
ni fecunda ni procrea.

Ans. ¿Eso cree usted?
P. And. Lo digo.
Ans. ¿Y lo que dice lo piensa?
P. And. ¡Quién sabe! Me ha contagiado
la filosofía incrédula
de Felipe, de ese excéptico.
Mar. ¿El? De ninguna manera.
¡Excéptico! Es un creyente
y tiene el alma muy buena,
y ama todo lo que es grande
en el cielo y en la tierra.
Ans. ¿Le defiendes?
P. And. ¡A un impío!
Mar. ¡Yo, señor!
Ans. ¿Te da vergüenza?
Rosa (Entra por la derecha.)
El cepillo.
P. And. Trae.
Rosa Yo misma
cepillaré.
P. And. Como quieras.
Rosa ¡Cuánto polvo!
(Arrodillándose para cepillar la sotana.)
P. And. Arrodillada.
Rosa No es mala postura ésta.
P. And. Actitud de pecadora.
Rosa Lo mismo estaré en la iglesia
cuando usté me case, Padre,
y no me causará pena
la postura.
P. And. Picarona,
siempre con la misma idea.
Rosa Es la que me cansa menos.
Ans. Y la que más te interesa.
Mar. El agua.
Rosa Voy al instante.
Aquí está. (Trae el vaso de agua del aparador.)
P. And. ¡Gracias!
Mar. ¿Qué cuentas
del paseo?
Ans. Delicioso:
mi alma se esparce y se alegra
en el campo.
(El Padre Andrés devuelve a Rosa el vaso.)
Rosa ¿Más?
P. And. No, gracias. (Vase Rosa.)

ESCENA III

MARGARITA, DON ANSELMO y el PADRE ANDRÉS

P. And. Amigo mío, ya pecan
de locura los afanes
que el campo en usté despierta.
Ans. ¿Locura? De ningún modo.
Es que no hay cosa más bella.
P. And. ¿Qué opinas?
Mar. Lo que mi padre.
Ans. Cuando el sol sus rayos muestra
y las gotas de rocío
que flores y árboles pueblan,
con matices de oro y nácar,
se tiñen y festonean,
¿qué espectáculo del mundo
ni se iguala ni se acerca
al que los ojos admiran
mirando esta fértil vega?
Allí los alegres prados
donde orgullosas se ostentan
columpiadas por el aire,
que las agita y las besa,
anchas espigas de trigo
jugosas, verdes y frescas,
por en medio de las cuales
alzan sus caras bermejas,
de negras motas orladas,
las amapolas inquietas;
más allá, la vid rugosa
por cuyas ramas morenas,
se extiende el sombrío pámpano
del agrio fruto defensa;
a este lado, el maizal
mostrando sus rubias hebras
que parecen una mata
de pelo que se desgreña;
al otro, el humilde río
que entre juncos culebrea,
mientras los flexibles sauces
nacidos en la ribera,
para acariciar sus ondas
se encorvan y se doblegan

con temeroso crujido
y cortesana apariencia.
Después árboles robustos
sobre cuyas ramas tiemblan
hojas de vivos colores,
frutos de exquisita esencia,
brotes que a trechos esmaltan
la endurecida corteza,
savia que fecunda el suelo,
y pájaros que gorjean;
detrás espinos y zarzas
que suben por las laderas
como turba de muchachos
desenfrenada y revuelta;
más arriba los tomillos,
las aromáticas hierbas,
que el libre y risueño ambiente
nutren, perfuman y orean,
y más lejos aún trepando
por los riscos de la sierra,
los pinares verdinegros
donde las nubes se acuestan.
¿Puede haber nada más grande
que esto, cuando a esto se agregan
un cielo azul, infinito,
una atmósfera serena
y un sol que convierte en oro
hasta el polvo de la tierra?

Mar. ¿Verdad que sí, padre mío?
Yo que esa naturaleza
ví desde el primer momento
en que vine a la existencia,
no ceso de contemplarla
y ante ella mi alma se eleva,
porque es como Dios, gigante,
inagotable y eterna.

P. And. ¿Conque ya estoy derrotado?

Mar. Pero derrotado en regla.

Ans. Créalo usted, señor cura;
cuando cubren la cabeza
las canas y va la sangre
moribunda por las venas,
sólo estas dichas existen
y estos placeres consuelan;
siempre que vuelvo del campo
buscando la humilde puerta

de mi casa, y veo a mi hija
que en los dinteles me espera,
digo, besando su frente
y contemplando la inmensa
bóveda del firmamento:
¿Quién por avaro que sea
pide más? ¿Cómo pedirlo
yo, si en esta hora suprema
tengo todo, por que tengo
Dios arriba y abajo a ella?

P. And. Margarita y Dios... Conformes
en que el uno y la otra sean
para usted toda la vida;
lo que en mi apoyo no encuentra
ni puede encontrarlo nunca,
señor don Anselmo, es esa
monomanía campestre
de que orgulloso alardea.
Será vejez, egoismo
y todo lo que se quiera;
pero en lugar del hermoso
cuadro que usté me bosqueja
y al que preside una atmósfera
que me asfixia y que me tuesta,
prefiero yo un cuarto fresco
donde entre el sol con prudencia,
una cama bien mullida,
una bien servida mesa,
un sillón de ancho respaldo
para la hora de la siesta,
un ángel a quien querer
y un amigo que me quiera.

Ans. Aquí tiene usté el amigo.

Mar. Y este es el sillón.
(Señalando el que habrá a la derecha.)
Y aquella
la cocina donde Rosa
revuelve platos y especias,
y donde voy yo al momento
para que todo intervengan,
si no las manos de un ángel
las de una amiga sincera.
(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV

DON ANSELMO, el PADRE ANDRÉS y al final GASPAR

P. And. ¡Qué buena y qué cariñosa! (Por Margarita.)
Ans. Sólo esta prenda querida
me hace soportar la vida
desde que murió mi esposa;
en ella mi afán se encierra,
ella es mi único consuelo,
por ella temo que el cielo
me separe de la tierra.
Sin ella, ni fe, ni calma,
ni esperanza ni alegría;
¡cómo no, si es obra mía
por el cuerpo y por el alma!
Quedó huérfana a la edad
en que el labio balbucea
sonidos faltos de ideas,
de expresión, de claridad,
y al verla sola, mi amor
buscó de servirla modo
y lo fuí para ella todo,
su padre, su protector,
su consejero, su amigo,
su maestro, su Dios, su bien,
en sus penas un sostén,
en sus dichas un testigo.
Tal empresa logré, fija
la mente en su porvenir,
en lo que puede exigir
la felicidad de mi hija,
por el recuerdo y en nombre
de la pobre criatura
que fué mi mayor ventura;
y mañana cuando un hombre
honrado, seguro, fiel,
la ame, a su amor respondiendo,
yo diré a ese hombre poniendo
sus manos entre las de él:
Te la entrego por esposa,
es el mejor de mis bienes,
es mi alma entera. Ahí la tienes,
sé feliz y hazla dichosa.

P. And. ¿La dará usted de ese modo?
¿Sin pena?
Ans. Sin pena, no;
lo haré sabiendo que yo
no lo soy para ella todo;
y lo haré, porque a mi juicio,
no fuera este amor objeto
de mi existencia completo
faltándole el sacrificio.
P. And. Bien; pero ese trance está
muy lejano.
Ans. Señor cura,
mi corazón le asegura
que se halla cerca y vendrá.
Empeño inútil sería
tratar de ocultarlo: es su hora,
cuando despunta la aurora
ya no retrocede el día.
P. And. Entonces cosa acordada;
hay que buscarle marido.
Usted lo tiene elegido.
Ans. Yo en esto no elijo nada,
ha de ser ella.
P. And. ¿Y lo tiene?
Ans. Tal presumo.
P. And. Pues que sea
pronto si ella lo desea
y es hombre que la conviene.
Ans. Sin duda. El es...
P. And. Ya lo sé,
y honrado le considero.
Su sobrino, el ingeniero.
¿Acierto?
Ans. No acierta usted.
P. And. ¿No? Cuando él estuvo aquí
ha tres años, yo le daba
por elegido; que amaba
a Margarita creí.
Ans. Pero ella no, y prueba fiel,
es que mi joven pariente
está tres años ausente
sin que ella se acuerde de él.
P. And. ¿No es Carlos?
Ans. Para ventura
de todos, mi hija pensó,
si no me equivoco yo,

porque hablo por conjetura,
en hombre que no apetece,
como Carlos, las hermosas
perspectivas bulliciosas
que el mundo social ofrece,
y que nada necesita,
y nada ha de pretender
como logre poseer
el amor de Margarita.

P. And. ¡Don Felipe!

Ans. El mismo. ¿Es mal
pretendiente el escogido?

P. And. ¡Un hombre desconocido!

Ans. ¿Desconocido? No tal.
Dos años de residencia
aquí lleva, y le tratamos
por amigo y admiramos
la virtud de su conciencia.
Rico y libre, como afirman
sus propias declaraciones,
sin orgullo ni ambiciones
como sus actos confirman,
¿qué más puedo codiciar
sino que pague el amor
de mi hija, ni qué mejor
esposo la puedo dar?

P. And. Es cierto, y hay que admitir
que esos elogios merece
y que hombre de bien parece;
mas sin poderlo impedir,
una duda osada y terca
en contra suya me lanza,
que sin ser desconfianza
está de serlo muy cerca.

Ans. ¿Y la fundan?

P. And. Su actitud,
su esquivo retraimiento,
su afán por un aislamiento
impropio a su juventud.
Ni un amigo, ni un pariente
que vengan a este lugar,
y que puedan enlazar
su pasado y su presente...
Luego su falta de fe...

Ans. Esa es la cuestión precisa.
Un hombre que no va a misa
ya es dudoso para usté.

P. And. Sin religioso fervor
no hay bondad.

Ans. Usted se expresa
como cumple e interesa
a un ministro del Señor,
que en este pueblo nacido
y en este pueblo educado,
sólo en creer ha pensado
y por creer ha vivido.
Yo estuve en el mundo; allí
miré luchas jigantescas
de contrapuestas ideas,
y al mirarlas comprendí
que no importa la opinión
para el bien, si la sostiene
un hombre honrado que tiene
dignidad y corazón.
¿Felipe no es buen cristiano?
Pues por esto no he de odiarle,
ni temerle, ni negarle
de Margarita la mano;
que creyente o no creyente,
quien consiga enamorarla,
con quererla y respetarla
tiene más que suficiente.

P. And. ¡Don Anselmo!

Ans. Esto no impide
que antes de entregarle mi hija,
si a tal llegamos, le exija,
a cambio de lo que pide
y usando de mis derechos,
noticias y compromisos,
tan claros y tan precisos,
que nos dejen satisfechos.
(Ademán de interrupción en el Padre Andrés.)
Y como creo entender
que usté me va a replicar,
con objeto de evitar
disputas, le llevo a ver
mi bodega, que arreglada
pienso tener el Agosto
para recoger el mosto
de la próxima otoñada,
y donde paso los días
con ansias de cosechero,
contemplando el tragadero

de mis tinajas vacías,
que se abren esperanzadas
de que pronto caerá la uva
desde lo alto de la cuba
a sus bocas desdentadas.

P. And. Corriente. Y hagamos punto
por ahora a nuestra cuestión,
con la expresa condición
de volver sobre este asunto,
donde usted expone y juega
su dicha y su bienestar.

Ans. Como usted quiera. Gaspar,
(Aparece Gaspar por la izquierda.)
la llave de la bodega.
(Gaspar hace como que descuelga la llave de la puerta de la izquierda y se la entrega a don Anselmo.)

Gas. Aquí está.

Ans. ¿Vamos?

P. And. Andando.
(Vase don Anselmo y el Padre Andrés por la izquierda.)

ESCENA V

GASPAR; a poco FELIPE

Gas. ¡Mañana más desastrosa!
Necesito hablar a Rosa;
un momento estoy buscando
y no lo puedo encontrar.
Si no hubiera inconveniente,
ahora en la cocina.
(Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha. Aparece Felipe en el fondo. Gaspar le oye.)
¿Gente?
¡Don Felipe!
(Volviéndose hacia el fondo.)

Fel. ¡Hola, Gaspar!

Gas. ¿Vino usté a caballo?

Fel. Sí.
Al muchacho lo entregué.

Gas. Pues a descincharlo iré,
porque usted comerá aquí.

Fel. Sí, Gaspar.

Gas. Pues voy allá.

Si quiere usté, daré aviso
a mi señor.

Fel. No es preciso.

(Sale Gaspar por el fondo y aparece Margarita en la primera parte de la derecha. Al salir Gaspar, Margarita se dirige hacia Felipe.)

Ella me ha visto y vendrá.

(Margarita llega cerca de Felipe; éste se vuelve hacia ella y la ve; coge entre las suyas las manos de Margarita y la conduce hasta el sofá.)

ESCENA VI

MARGARITA y FELIPE

Fel. ¡Margarita! ¡Alma de mi alma!
Sólo viéndose a tu lado
mi espíritu destrozado,
puede recobrar su calma.

Marg. ¿Sufres amándote yo?

Fel. Sufro, porque es mi castigo
sufrir siempre.

(Rodeando con su brazo el talle de Margarita.)

¡No, qué digo!
¡Mentira, no sufro, no,
mientras formes estos lazos!
Será inmenso el dolor mío,
pero yo lo desafío
desde el cerco de tus brazos
y le humillo vencedor,
que si él es duro y constante,
es más firme y más gigante
y más inmenso tu amor.

Marg. ¡Oh, Felipe, háblame así,
que va en tus labios prendida
la ventura de mi vida!

Fel. Pero te alejas de mí,
se rompe este hermoso yugo,
y el dolor vuelve a buscarme
y goza en martirizarme
con instintos de verdugo.

Marg. ¿Sufres? ¿Por qué esas ideas,
Felipe? Si tuya soy,
si a tu voluntad estoy,

¿qué es lo que de mí deseas?
Responde.

Fel. ¡A qué has de saberlo!
No lograrás evitarlo.
Ni yo me atrevo a explicarlo
ni tú puedes conocerlo.
¡Sólo te puedo decir
que te miro, y al mirarte
necesito amarte, amarte
y tras de amarte, morir!
¡Qué angustia!... Sólo se acalla
al recordar el momento
en que de tu amor sediento..
(Margarita se levanta del sofá y se retira de Felipe como avergonzada.)

Marg. ¡Oh, calla, Felipe, calla!
No sigas.

Fel. ¿Por qué me dejas?
¿Por qué me miras así?
¿Me temes?

Marg. ¿Temerte? ¿A ti?

Fel. Entonces, ¿por qué te alejas?
¿Tienes miedo de mi amor?
(Dirigiéndose hacia ella.)

Marg. Eso nunca. Si al recuerdo
que evocas, la calma pierdo;
si colorea el rubor
mi rostro, es porque me acosa
algo que en mí se levanta
y me condena y me espanta
y me impide ser dichosa.

Fel. ¿Es que arrepentida estás?
Dilo.

Marg. Nunca lo diría.
Al decirlo, mentiría,
y no he mentido jamás.
Desde el instante primero
en que te vi, te he amado,
y mi fe te he consagrado
para siempre y por entero.
Cuando en un mismo latir
nuestras almas enlazaste,
lo que era tuyo tomaste.
¿Por qué me he de arrepentir?

Fel. Tú no, porque tu inocencia,
que hace imposible la falta,

pone más firme y más alta
la virtud de tu conciencia.
Al darme tu corazón,
cuando en mis brazos caíste,
no faltaste, obedeciste
a la sublime atracción
que forma el humano lazo
el cual se puede estrechar
lo mismo al pie del altar
que en el calor de un abrazo.
Te diste como se entrega
la mujer, cuando es honrada,
de una vez, sin negar nada,
con fe inquebrantable y ciega;
no como otras que su honor
ceden en cortas fracciones,
y dan larga a sus pasiones
para gozarlas mejor
y venir a nuestro encuentro
de tan extraña manera,
que son vírgenes por fuera
y cortesanas por dentro.
Tú, no; tu honradez te ampara.
No cubras con temblorosa
mano tu faz ruborosa.
Contémplame cara a cara.
No hubo en ti culpable anhelo,
ni torpeza, ni egoísmo;
si hubo un abismo, ese abismo
tenía por fondo el cielo.

Marg. ¡Felipe mío!

Fel. Tú, sí.
Tu conducta es intachable.
Yo solo he sido culpable,
¡desventurado de mí!
Yo que en el fondo del pecho
debí ocultar mi pasión
siempre, sin darte ocasión
de saberlo.

Marg. ¿No lo has hecho?
De tus amantes antojos
jamás hablarme te oí.
Y tu amor, pero lo vi
porque vivía en tus ojos.
Como si fuera un delito
de mí oculto lo guardadas

y en huirme te afanabas
siempre.

Fel. Sigue; necesito
que me hables de esa manera.
¿Verdad, verdad que he ocultado
mi amor? Hubiera callado
lo mismo la vida entera.
Pero entonces lo impedían,
y a ser traidor me obligaban
tus ojos que me miraban,
tus labios que sonreían.
(Pausa.)
Solos, el ancho jardín
por las flores perfumado,
y yo junto a ti sentado
en el desierto confín
donde los árboles crean
ramas que nidos parecen,
y las yerbas se estremecen,
y los pájaros gorjean;
a tus pies, un arroyuelo
de corriente silenciosa;
la luna triste y hermosa
extendiendo por el cielo
rayos que a dejar lo azul,
en haces mil se quebraban
sobre hojas que remedaban
cedazos de verde tul;
y en torno y en rededor
de nuestra abrasada frente,
una atmósfera candente
que nos hablaba de amor.
Lo que en secreto escondí
de mi pecho fué brotando;
tú me estabas escuchando
y a un mismo tiempo sentí
calor, desconcierto, frío,
ansia infinita de amor,
y el trémulo palpitar
de tu cuerpo junto al mío.
Me miraste, te miré,
nuestros brazos se enlazaron,
y nuestros labios no hablaron
una frase... ¿Para qué
pronunciarla, vida mía?
De la noche en lo profundo

el amor, alma del mundo,
por nosotros respondía.
(Con firmeza y cogiendo entre sus manos las de Margarita.)
El dispuso nuestra unión;
¿Y si El no la ha decidido? (En tono de duda.)
Te he engañado y te he mentido.

Marg. ¿Tú?

Fel. ¡Margarita, perdón!

Marg. Oirte me causa espanto.
Que te perdone, ¿por qué?

Fel. Oye...
(Se detiene como temeroso de lo que va a decir.)
(Nunca lo diré.)
Porque provoco tu llanto;
porque la duda me asalta;
porque quisiera borrar
las huellas de tu pesar
y las sombras de mi falta.

Marg. ¿Y eso te aflige? ¿A eso es
a lo que no hallas remedio?
¿Sufres y buscas un medio
y amándome no lo ves?
¿Me amas?

Fel. Sí.

Marg. ¿Pues qué esperamos
para hacer vivo y patente
a los ojos de la gente
lo que a todos ocultamos?
Sepa mi padre este amor,
y en unión firme y segura
gocemos nuestra ventura
sin vergüenza y sin temor.

Fel. ¡No, Margarita, imposible!

Marg. ¡Qué escucho! No te comprendo.

Fel. ¡Tu padre! En él estoy viendo
un obstáculo invencible.

Marg. ¿Por qué razón?
Necesita
mi afán saberlo.

Fel. Reclamas
lo imposible.

Marg. Tú no me amas.

Fel. ¡Que no te amo, Margarita!
Calla, no es ese el motivo
en que mi actitud se esconde.

¿Dudas de mi amor? Responde.

Marg. Dudar de él, ¡no ves que vivo!

Fel. Gracias.

(Separándose de Margarita y dirigiéndose hacia la ventana.)

Marg. ¿Tus penas sabré?

Fel. ¡Por piedad!

Marg. ¿Qué te detiene?

Fel. Silencio, el Padre Andrés viene.
Vete. Luego te hablaré.

Marg. Cruel eres.

Fel. ¡Ay de mí!

Marg. Adiós.

(Sale por la primera puerta del lateral derecho. Felipe se queda mirando con angustia al sitio por donde ha salido Margarita.)

Fel. Se me parte el pecho.
Y ella... Dios mío, ¿qué te he hecho
para atormentarme así?

(Toma asiento en el sillón y hace como que hojea distraidamente un periódico que habrá sobre la mesa.

ESCENA VII

FELIPE y el PADRE ANDRÉS

P. And. ¿Estorba mi vecindad?

Fel. Estorbarme, Padre Andrés...
de ningún modo.

P. And. Como es
usted de la soledad
partidario tan celoso,
temí que fuera a enojarle
mi presencia, y a turbarle
en su tranquilo reposo.

Fel. Verdad que tengo manía
por vivir oculto, aislado
y del mundo retirado;
pero esta conducta mía
causa es de fuerza mayor,
porque tras mucho pesar,
he venido a averiguar
qne estar solo es lo mejor.

P. And. El mundo...

Fel. Tanto sufrí,
que me inspira horror y tedio.
P. And ¿Y huye usted?
Fel. Es el remedio
más seguro para mí.
P. And. Pues es mandato divino
luchar.
Fel. Sin tregua luché.
P. And. Pero su falta de fe
le detiene en el camino.
Fel. Es que derrotado estoy.
P. And. Es que en esta lucha ardiente
sólo triunfa el que es creyente.
Fel. ¡Creyente! ¿Y yo no lo soy?
P. And. No tal.
Fel. ¿Porque los altares
no visito ni contemplo,
ni me arrodillo en el templo
para llorar mis pesares?
P. And. Por eso.
Fel. No. ¿A qué seguir?
En cuestiones de creencias,
hay que dejar las conciencias
libres y no discutir.
Yo tengo mi Dios, lo siento
con su infinito poder
en el fondo de mi ser,
dentro de mi pensamiento,
y no le adoro de hinojos,
ni mi cuerpo ante él se humilla;
mi alma es la que se arrodilla
cuando levanto los ojos.
Usted su imagen venera
al olor del incensario
que perfuma el santuario;
mas de una y otra manera
los dos amamos a Dios,
y basta con ese anhelo
para que lleguen al cielo
las plegarias de los dos.
P. And. Cómoda filosofía
para salir del asunto;
pero, en fin, hagamos punto;
otra voz, si no la mía,
le hará en su acuerdo volver.
Fel. ¿Y qué voz la ha de lograr?

P. And. La que levante en su hogar
el amor de una mujer;
el matrimonio, esa egida
de mi santa religión,
que perpetúa la unión
de dos seres en la vida;
dichosa unión que asegura
el deber, que a todo alcanza,
que fecunda la esperanza
y eterniza la ventura.

Fel. Y que cuando no es la dicha
su inmediata consecuencia,
destrozando la existencia
petrifica la desdicha.

P. And. ¿Odia al matrimonio?

Fel. No.

P. And. Como se da a censurarlo...

Fel. La manera de formarlo
es lo que censuro yo.

P. And. ¿Por qué?

Fel Porque sacrifica
a su consistencia todo.

P. And. No me lo explico.

Fel. Del modo
en que ahora se verifica
un sér con otro sér, queda
sujeto; ya están ligados
y eternamente amarrados
suceda lo que suceda.
Se engañaron. ¿Y qué importa?
Purguen unidos su error
y dominen su rencor,
que al cabo la vida es corta,
aunque tenga el sufrimiento
la condición de trocar
cada instante de pesar
en un siglo de tormento.

P. And. Para eso sirve la fe,
para lograr dominarse
y aprender a resignarse.

Fel. A resignarse, ¿por qué?
¿Hubo error? Pues a vencerlo,
a evitarlo, a combatirlo.
Lo lógico no es sufrirlo,
lo lógico es deshacerlo.

P. And. La ley de Dios no se cura
de los crímenes del hombre.

Fel. Tampoco debe en su nombre
eternizar la amargura;
y el que se agita cautivo
en este lazo inclemente,
padece perpetuamente
con motivo y sin motivo.

P. And. La separación...

Fel. Es medio
que sólo males produce,
que a la injusticia conduce,
que a nada pone remedio.
¿Y cómo, si en el delirio
de sus ruines procederes
nos desune en los placeres
y nos une en el martirio?
De la justicia y de Dios
para esto el nombre se invoca;
no, tal absurdo no toca
a ninguno de los dos.
Ni eso es justo ni divino.
Procedimiento que ayuda
a los infames y escuda
las traiciones del destino
robando a quien es leal
fama, ventura y reposo,
es un crimen religioso
y una mentira legal.

P. And. Teoría absurda y loca
de las humanas pasiones.
Los malos son excepciones.

Fel. Y al que la excepción le toca,
¿qué le resta? El desgraciado
que la sufre, ¿no podrá
libertarse nunca? Está
para siempre condenado.
¿Es justo decirle a un hombre
o a una mujer, sufre, llora
y tus angustias devora;
tu dignidad y tu nombre
a un infame están unidos;
para redimir tu suerte
sólo hay un medio: la muerte?
¿Amas? Pues que los latidos
de tu corazón no lleguen
a turbar la dulce calma
de quien es vida de tu alma;

que tus ojos no se cieguen
contemplando su belleza;
guarda en el fondo del pecho
el amor, ese derecho
que te dió Naturaleza,
y desprende de tu sér
los afectos que los rigen,
porque hay leyes que lo exigen
y debéis obedecer.
¿Es esto justo y conforme
a la razón?

P And. Es forzoso;
es un deber doloroso.

Fel. Es una injusticia enorme.

P. And. Es la ley.

Fel. De ella protesto,
y de combatirla trato.

P. And. Pues yo la admito y la acato.
Así el cielo lo ha dispuesto
en su poder absoluto.

Fel. ¿El cielo? ¡Imposible, no!

P. And. El es quien lo manda, y yo
ni analizo ni discuto.
Donde mi juicio no alcanza,
a la fe pido su ayuda,
y ella resuelve mi duda
y conserva mi esperanza.

Fel. La fe, la revelación.

P. And. Lo eterno, lo indiscutible.

Fel. Modo fijo e infalible
de tener siempre razón.

(Aparece don Anselmo en la puerta del fondo.)

P. And. El me inspira y a él atiendo.

Ans. ¿Felipe y el Padre Andrés?
Pongo veinte contra tres
a que estábamos riñendo.

ESCENA VIII

DICHOS y DON ANSELMO. Al final MARGARITA por la derecha y ROSA dentro

P. And. Reñir, no, precisamente.

Ans. Yo imaginé que lo hacían.
A lo menos discutían
muy acaloradamente.

P. And. Don Felipe, que sustenta
unos juicios tan extraños...
Fel. Usted, que proteje daños
infinitos.
P. And. Por su cuenta
es el santo matrimonio,
con sus leyes inmortales,
un semillero de males
y una invención del demonio.
Ans. ¿De veras?
P. And. Como lo digo.
Hablando de él se arrebata,
y lo acusa y lo maltrata,
y es su implacable enemigo.
Ans. ¿Enemigo? No creí
que institución tan severa
como justa los tuviera.
Fel. Tampoco lo tiene en mí
cuando a su dulce calor,
viven dos seres sintiendo
un mismo afán, y partiendo
su alegría y su dolor.
Lo que en mí no halla disculpa,
es que ese lazo respete
los crímenes y sujete
lo que desata la culpa.
P. And. Esa ley justa y sagrada,
es dura hasta el sacrificio
del hogar en beneficio.
Fel. No le sirve para nada.
Los que en la infamia se agitan,
burlan su severidad;
los que se aman de verdad...
esos no la necesitan.
Ans. Contra esas leyes razón
podrá haber; pero al presente,
lo más cuerdo y conveniente
es tomarlas como son;
que justas o equivocadas,
en ellas viene a fundirse
la única forma de unirse
a las mujeres honradas;
y encontrar una mujer
de pecho firme y seguro,
no es caso de gran apuro
para quien sabe escoger.

P. And. Usté ha de ser el primero
que a aceptarlas se decida.
Joven y solo en la vida,
independiente, soltero,
algún día llegará
en que haga a una mujer dueña
de su alma, y si ella se empeña
con ella se casará.
(Sale Margarita por la primera puerta de la derecha.)
Eso es lo que necesita.

Marg. Rosa, ven.

Rosa (Dentro.) Voy al momento.

P. And. Ahí tiene usté un argumento
invencible.

Fel. ¡Margarita!

ESCENA IX

DICHOS y MARGARITA; luego ROSA y GASPAR. Al final CARLOS

Ans. ¿Qué te pasa?

Marg. Que hace un rato
oí las doce sonar
y aún está sin arreglar
la mesa.

P. And. ¡Qué desacato!

Ans. ¿No has visto a Felipe?

Marg. Sí.
(Qué torpeza.) (Aparte.)

Fel. A mi llegada.

Marg. Es cierto, estaba asomada
a la ventana y le ví.
Le hacemos a usté esperar. (Al Padre Andrés.)

P. And. ¡No hay prisa!

Marg. ¡Rosa!

Rosa Allá voy,
(Sale Rosa con unos platos, que deja encima del aparador, por la segunda puerta de la derecha.)
o mejor dicho, aquí estoy.
Ayúdame tú, Gaspar.
(Sale Gaspar por la derecha. Rosa ayudada de Gaspar empieza a poner la mesa. El Padre Andrés toma asiento en el sillón. Don Anselmo lo hace a un lado en una silla. Margarita y Felipe, en primer término en el sofá. Felipe bajo a Margarita.)

Fel. Bien mío, ¿por qué he de ver
huellas de llanto en tus ojos?
¿Sufres? ¿A qué esos enojos?

Marg. ¿A qué tratas de esconder
un secreto y me condenas
a sufrir? Por eso lloro
y mis lágrimas devoro
como devoras tus penas.

P. And. Bien se explica la pareja,
don Anselmo.

Ans. Labre Dios
la ventura de los dos.

Rosa Mira que eres torpe. Deja
eso allí encima. (A Gaspar.)

Gas. Mujer,
no vayas ahora a enfadarte.

Rosa ¡Majadero!

Gas. Es que al mirarte,
me embobo, y no sé que hacer,
Rosilla.
(Trata de cogerle una mano por debajo de la mesa.)

Rosa ¡Quieto, Gaspar!

Gas. Pero chica, si es en broma.

Rosa ¿No te estás quieto? Pues toma.
(Dándole un pellizco. Sale por la segunda puerta de la derecha.)

Gas. ¡Ay!

P. And. ¿Qué es eso?

Gas. Al colocar
la botella he tropezado;
se torció el pié, me escurrí...

Ans. Eso me parece a mí,
que te escurres demasiado.
(Gaspar sale por el fondo, y entra Rosa por la segunda de la derecha con una sopera en la mano.)

Rosa La sopa.

P. And. Nombre bendito.

Rosa Abrasa. Aún se oye el hervor.

P. And. Y tiene el humo un olor
que despierta el apetito.

Ans. Pues no hay tiempo que perder.
A usted toca bendecirla
y a nosotros consumirla;
conque vamos a comer.
(Todos se dirigen a la mesa y dice Carlos dentro.)

Car. ¿Bien todos?

Gas. Voy al momento.
Ans. ¡Es Carlos!
Marg. Sí.
Gas. Daré aviso
a los amos.
Car. No es preciso.
Señores, ¿hay un asiento?

ESCENA X

DICHOS, CARLOS y GASPAR

Ans. ¡Carlos!
Car. Yo.
Ans. ¡Sin avisar!
P. And. Mayor placer nos procura.
Car. ¿Cómo vamos, señor cura?...
¿No me quieres abrazar,
reina en un pueblo cautiva?
(Dirigiéndose a Margarita.)
Marg. ¿Cómo estás, Carlos? (Con frialdad.)
Car. ¿Así
me recibes? No creí
encontrarte tan esquiva.
Marg. Yo...
Car. Disgustarte no quiero.
Servidor... (Por Felipe.)
(Cosa más rara.) (Aparte.)
¿Dónde he visto yo esta cara?
Ans. Carlos Suárez, ingeniero,
a quien por lo de él hablado
conocerá usted.
Fel. Sí tal.
Ans. Don Felipe Carvajal,
mi amigo muy estimado.
(Felipe y Carlos se saludan. Don Anselmo vuelve al lado del Padre Andrés. Margarita queda algo más cerca de Felipe que de Carlos.)
Car. Carvajal... ahora recuerdo,
tuve la dicha de hablarle
en Madrid y presentarle
mis respetos.
Fel. No recuerdo.
(Me conoce.) (Aparte.)
Car. Es natural

que no se acuerde de mí;
a usted presentado fuí
un día antes del fatal
suceso que ha motivado
sus penas.

Marg. (Aparte.) (¿Qué oigo? Sabré
la verdad.)

Fel. (Bajo a Carlos.) Mal hace usté
en recordarme el pasado.

Car. ¡Cómo!

Ans. ¿Os conocéis?

Car. Sí.

P. And. ¿Trato amistoso y frecuente?

Car. No por cierto... casualmente.

Fel. Una vez sola le ví.

P. And. ¿Vamos?

Fel. (A Carlos.) ¡Silencio, por Dios!

Marg. (Aparte.)
(¡Qué le angustia y qué le altera!)

Fel. Ni una palabra siquiera
hasta que hablemos los dos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un gabinete contiguo al comedor y modestamente decorado. Puerta al fondo. En el lateral derecha una puerta y una ventana; en la izquierda una puerta. A la izquierda, en primer término, un diván, y algo más retirado un velador sobre el cual habrá un servicio de café. Al comenzar el acto aparecen los actores sentados mientras Margarita les sirve el café.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, FELIPE, DON ANSELMO, el PADRE ANDRÉS, CARLOS y luego ROSA

Marg. ¿Cuánta azúcar? (A Carlos.)
Car. Dos terrones,
y aun hay de sobra con ellos,
que servidos por tu mano,
bastan con ser tan pequeños
para endulzar todo el moka
que existe en el universo.
Marg. ¿Lisonjas? Usted, Felipe.
(Sirve a Felipe y al coger un terrón lo deja caer sobre el platillo.)
Se cayó. Suplan mis dedos
las tenacillas. (Alarga la taza a Felipe.)
Fel. Mil gracias.
Car. Qué suerte... envidia te tengo.
Marg. El café.
Ans. ¡Conque tu viaje!...

Car. Ni interesante ni nuevo.
Siempre en fábricas metido,
entre el formidable estruendo
de máquinas que sacuden
sus músculos jigantescos,
y que entrechocan sus dientes
y vomitan por sus huecos
espesas columnas de humo
y rojas lenguas de fuego;
¿qué pudiera yo contarles
de los diferentes pueblos
que visité? Nada o algo
a todo interés ajeno.
Seguro estoy de que piensa
lo mismo este caballero. (Por Felipe.)

Fel. ¿Yo? (Aparte.) (¡Qué tortura!) (Alto)
Usted habla
de algo que es grande y que es bello,
porque encarna la más justa
de las leyes: el progreso;
todo lo que a él se encamina
es sublime y es eterno.
La materia como el alma,
necesitan de ese aliento
formidable, que va obstáculos
y tradiciones corriendo;
feliz del que a la materia
encamina sus esfuerzos;
ese triunfa en el combate;
más rebelde y más complejo
el organismo del alma,
lucha más y avanza menos;
y en tanto que la materia,
sumisa a nuestros deseos,
nos ofrece sus tesoros
y nos entreabre su seno,
como esclava que se rinde
al capricho de su dueño.
El alma resiste, brega,
y cada triunfo completo,
cuesta un siglo de amarguras
y otro siglo de tormentos.
¡Ay, le es más fácil al hombre
dominar con sus esfuerzos
el rudo bloque de piedra,
la informe masa de hierro,

el rayo que va en las nubes
y el mar entre rocas preso,
que vencer una costumbre
injusta, un error grosero,
la superstición más leve
y el absurdo mas pequeño!

P. And. ¿Qué opinas tú? (A Carlos.)

Car. Señor cura,
yo de estas cosas no entiendo.

Marg. ¿No entiendes?

Car. Para nosotros
el alma no tiene objeto.

Ans. ¡Carlos!

Fel. Ustedes acaso
sin quererlo y sin saberlo,
inventan y perfeccionan
del espírltu en provecho.

Car. ¿Nosotros? ¿De qué manera?
Diga usted.

Fel. Sustituyendo
en los campos, en las fábricas,
en todas partes a un tiempo,
a los músculos de carne
por los músculos de acero.

P. And. ¿Y qué?

Fel. Que cuando esto ocurra
de un modo invariable y cierto,
el hombre, libre de trabas
que le sujeten al freno
de materiales trabajos,
podrá dedicar su empeño
a un solo fin, el más noble,
el más digno de su genio;
la perfección del espíritu,
el ensanche del cerebro
y el predominio del alma,
que es su misión y su objeto.

P. And. Con tan raras teorías
adiós los santos preceptos.

Marg. ¿Por qué?

P. And. Dios le dijo al hombre:
has de ganar el sustento...

Ans. Con el sudor de tu frente;
no habló del sudor del cuerpo.

Car. Bien dicho; pero termine
esta discusión, no demo-

motivo a que Margarita
nos tache de desatentos.

Marg. ¿Por qué? Le oigo con gusto.

Car. Más lógico es que tratemos
de otras cosas. Yo, aún podría,
evocando mis recuerdos,
contar alguna aventura.

Marg. ¿Amorosa?

Car. Ni por pienso.
Si alguna mujer despierta
ansias de amor en mi pecho,
esa mujer, te lo juro,
no vive en el extranjero.

Fel. (Aparte.)
(¿Qué dice?)

Car. (Acercándose a Margarita y con acento apasionado.)
Vive más cerca.
¿Comprendes?

Marg. No te comprendo

Fel. (Aparte.)
(Quiere robarme la dicha
tras de robarme el sosiego.)

Marg. ¿Han terminado?

Ans. Sí.

Marg. (Tira del cordón de la campanilla. Sale Rosa por el fondo.)
¡Rosa!

Rosa Señorita.

Marg. Llévate eso.
(Rosa recoge el servicio del café y se retira con él por el fondo.)

Ans. Vamos al jardín, su sombra
nos dará ambiente más fresco;
tu cuarto, está donde siempre,
del corredor al extremo.
(A Carlos señalándole la puerta lateral de la izquierda.)

Car. Gracias.

Fel. Necesito hablarte. (Bajo a Margarita.)

Marg. También yo hablarte deseo.
En el jardín...

Fel. No es posible.

Marg. Entonces...

Fel. Aquí te espero.

Ans. Ven, Margarita.
(Margarita se dirige hacia don Anselmo y se encamina al fondo, apoyada en el brazo de aquél.)

Car. Al instante
me uno a ustedes.
(Hace ademán de dirigirse hacia la izquierda.)

Fel. ¡Un momento!
(Carlos se detiene: Margarita y don Anselmo salen por el fondo. Don Anselmo le sigue a alguna distancia.)

ESCENA II

FELIPE, CARLOS y el PADRE ANDRÉS

Fel. Usté me habló del pasado
y fuerza es que de él hablemos
ahora.

Car. Estoy a sus órdenes.
(El Padre Andrés, que llega al fondo, se vuelve hacia don Felipe y le dice:)

P. And. ¿No viene usted?

Fel. No, me quedo
un instante con don Carlos.
Luego bajaré.

P. And. Les dejo.
Los amigos siempre tienen
que contarse algo. (Aparte.) Secretos
entre uno y otro... (Alto.) Señores,
hasta después.

Car. Hasta luego.
(Sale el Padre Andrés.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS. Al final MARGARITA. Felipe llega hasta el fondo para cerciorarse de que el Padre Andrés ha bajado al jardín. Luego vuelve al primer término donde está Carlos

Fel. Usted conoce mi afrenta.
El suceso desgraciado
que en mi memoria ha gravado
una página sangrienta,
y que de mi alma arrancó
los gérmenes de la dicha,
pudo causar mi desdicha,
mi remordimiento, no.

Car. Porque así llegué a estimarlo,
hablé del trance fatal
en voz alta.

Fel. Hizo usted mal.
A mí me importa ocultarlo.

Car. ¿Por qué?

Fel. Pregunta insensata.
(Aparte.)
Si supiera... No adivina
que el pasado me asesina,
y me avergüenza y me mata.
¿No comprende usté que huí
para que ninguno viese
mi ultraje? Si tal no fuese,
¿cómo estuviera yo aquí?
Mi deshonra, aunque vengada,
se hizo pública y persiste;
aquí tan sólo no existe
porque nadie sabe nada:
aquí vine, por creer
que en tan humilde lugar,
nadie podría evocar
los fantasmas del ayer;
y viendo que usté iba a hundir
esta dicha, la postrera,
le he impedido que dijera...
lo que pensaba decir.

Car. No me explico su tormento:
el que como usted, procede
honradamente, ni cede
ni teme al remordimiento.
La infamia se desafía
cuando se venga.

Fel. No acabe.

Car. ¿Por qué?

Fel. Porque usté no sabe
toda la desgracia mía.

Car. La conozco.

Fel. ¿Y considera
que ocultarla necio ha sido?...
No la sabe, o la ha sabido
por los labios de un cualquiera,
que en son de cuento la ofrece.
Las penas, para sentirlas,
se hace necesario oirlas
del mismo que las padece.

Usted por mí va a saberlas;
diga después de escucharlas,
si hay razón para ocultarlas
y razón para temerlas.

Car. Si evocando su memoria
padece usted, yo no trato...

Fel. Sufrir... Es corto el relato
y muy sencilla la historia.
(Pausa.)
De un hogar rico y dichoso,
disfrutamos por igual
un marido cariñoso,
un amante venturoso
y una mujer desleal.
Ella de instinto liviano,
él modelo de candor...
El amante era un villano
de esos que nos dan la mano
y nos quitan el honor.
Lo quiso así la impiedad
o el capricho de la suerte,
formando esa trinidad
que construye la maldad
y que desata la muerte.
Para el marido engañado,
vivió el crimen rodeado
del misterio más profundo.
No dudaba... El hombre honrado
cree que lo es todo el mundo.
(Pausa.)
¿Cómo lo supe?... No tiene
valor... Un rastro, un indicio...
Nube que el rayo contiene,
pasa y cumple con su oficio
sin decir de dónde viene...
Vencí mi angustia mortal
con esfuerzo sobrehumano,
y fuí al encuentro del mal
acariciando un puñal
entre mi convulsa mano.
No quería que el fragor
de un tiro mi deshonor
contase y mi desventura...
El hierro es arma segura
y calla y mata mejor...
(Pausa.)

Hasta la casa llegué...
Nadie me veía... entré...
una escalera subí,
la puerta en silencio abrí
y en el cuarto penetré.
Marchaba con precaución,
con miedo, con turbación,
acobardado, sombrío...
Iba a recobrar lo mío
y parecía un ladrón...
Con planta torpe e incierta
cruzo una estancia desierta,
suena un beso más adentro,
avanzo, empujo una puerta
y mi deshonor encuentro...
Poca luz... la que bastaba
para la deshonra mía...
Aquella luz alumbraba
a una mujer que reía
y a un hombre que la abrazaba.
Verme trocarse en locura
mi odio y su fiebre en espanto,
fué un momento... lo que dura
en los felices el llanto
y en los tristes la ventura.
La mujer lanzó un gemido:
el hombre, irritado y fiero,
llegó hasta mí decidido
a salvarla... Aquel bandido
era todo un caballero.

Car. ¿Lucharon?

Fel. A no dudar.
Como lo pueden hacer
el que desea salvar
la vida de una mujer
y el que la quiere matar.
¡El miserable!... Duró
poco su insensato anhelo;
mi arma en su pecho se hundió
y su cadáver rodó
por el alfombrado suelo.
Por el cadáver salté,
y ciego de rabia fuí
al sitio donde la ví
refugiarse... no la hallé;
la infame no estaba allí.

Car. ¿Que no estaba?
Fel. Había huído
aprovechando el instante.
Es tan vil, que no ha sabido
ni respetar al marido
ni morir con el amante.
Huyó, y al mirar que huía,
vi que en el fango se hundía
la dignidad de mi nombre.
¿Sin ella, de qué me servía
el cadáver de aquel hombre?
De nada. Porque al matar,
yo pretendía librar
mi honor de su infame huella...
y mi honor se fué con ella
y no lo puedo salvar.
Car. ¡Lance horrible! Pero usted
no tiene ningún motivo
para ocultarlo.
Fel. Es que vivo
de la traidora a merced;
porque en su tráfico inmundo
no se detuvo un instante,
y muerto el primer amante
abrió la puerta al segundo,
mientras la chusma social
repetía: «Esa liviana,
esa torpe cortesana
es mujer de Carvajal.»
Entre el asqueroso cieno
que las gentes revolvían,
se mezclaban y se unían
mi nombre y su desenfreno.
¿Podía ver yo con calma
que sirviese mi apellido
en azote convertido
para desgarrarme el alma?
¡Imposible! No podía,
y determiné alejarme
de las gentes, ocultarme
y hundir la vergüenza mía
aquí donde sufro y vivo,
sin que nadie sea osado
a recordarme el pasado
con acento compasivo.
Un gesto, una indiscreción,

harán que mi pena estalle.
Necesito que usted calle.
He aquí mi pretensión.

Car. Extraño afán... No recele,
puesto que así lo desea
y lo pide, que yo sea
quien su desdicha revele.

(Aparece Margarita en la puerta del fondo. Al ver a Carlos, se detiene y queda en actitud de escuchar.)

Su secreto está guardado
por mi fe de caballero.

Fel. De ella fío; en ella espero.

Marg. ¿Qué dicen? (Aparte.)

Car. No haya cuidado.

Fel. Gracias.

Car. Así lograré
que perdone una imprudencia
cometida sin conciencia...

(Se dirige hacia la izquierda.)

Fel. ¿No va al jardín?

Car. Luego iré.

Fel. Pues le aguardo.

Car. No, señor.

Fel. Yo...

Car. De ninguna manera,
bajaré por la escalera
que limita el corredor.
Hasta después.

(Sale. Margarita en el fondo y Carlos por la izquierda.)

Marg. Es forzoso
que él me diga...

Fel. No hablará
y mi pecho gozará
de este martirio dichoso.
¡La dicha! Qué necio fuí...
Dichoso, y pongo el objeto
de mi dicha en un secreto
que no depende de mí.

(Se deja caer con desesperación en el diván.)

ESCENA IV

FELIPE y MARGARITA. Al final DON ANSELMO. Margarita avanza sin ser vista de Felipe hasta el sitio ocupado por éste

Marg. (Aparte.)
Llora. (Alto.) ¡Felipe!
Fel. ¿Quién es?
(Aparte.)
¡Ella! (Alto.) ¿Tú?
Marg. Yo que venía
mientras que se despedía
el mío del Padre Andrés,
a cumplir lo que exigiste,
a verte. Llegaba aquí,
te hallé con Carlos, le oí
y me detuve.
Fel. ¿Qué oiste?
Dilo pronto.
Marg. Asegurar
la fianza de un secreto
que yo ignoro por completo
y que voy a averiguar.
Fel. ¡Averiguarlo! ¿Por quién?
Marg. Por ti..
Fel. ¡Qué insensata idea!
Marg. Es tuyo y sea cual sea,
debe ser mío también.
Fel. No sigas, no hables así.
Si mis secretos oculto
y en mi alma los sepulto,
es por tu dicha, por ti.
Por ti imploro compasión,
por ti gratitud ofrezco
a ese hombre a quien aborrezco
con todo mi corazón.
Marg. ¿A Carlos? ¿Te inspira enojos?
¿Por qué?
Fel. Porque se proclama
tu adorador, porque te ama,
te ama, lo he visto en sus ojos,
y lo sé y nada le digo,
e imploro su caridad
con acento de piedad

y actitudes de mendigo;
y me humillo ante él, y llego
a solicitar su amparo
y en mis odios no reparo.
¿Para hablarle en son de ruego
el egoismo me incita?
¿Lo hago por mí? Por mí, no;
por mí no rogaré yo;
lo hago por ti, Margarita.

Marg. ¿Y si yo quiero exigir
que hables? Responde.

Fel. No aumentes
mis angustias, no lo intentes,
porque nada he de decir.

Marg. El que ama no oculta nada.

Fel. Lo oculta, cuando al hablar
sabe que puede aumentar
las angustias de su amada;
y lo oculta cuando espera
ver en sus frases perdido
el amor del ser querido:
es decir, la vida entera.
¿Por qué no llegué a contarlo
aquella noche fatal?
Callé entonces, e hice mal.
Hoy no puedo revelarlo.

Marg. Felipe, ¿qué estás diciendo?

Fel. Que me da espanto creer
que tu amor voy a perder.

Marg. ¿Dudas de mi amor sabiendo
que en mi pecho vive y arde?

Fel. ¿La razón no te se alcanza?
El es mi última esperanza,
¿cómo no he de ser cobarde?

Marg. Necio. ¿Y así desconfías
de mí, que existo por ti,
y al darte mi honra te dí
todas las venturas mías?
Te engañas: no eres buen juez,
no. La mujer cuando llega
a amar a un hombre, se entrega
para siempre y de una vez;
no hay fuerza que la quebrante,
ni valla que la sujete,
ni desdicha que la inquiete,
ni martirio que la espante.

Del hombre valor recibe
y es firme, invariable, fiel;
ella no existe; ella es él,
por él muere, por él vive,
en él lo concentra todo
y marcha con fe segura;
si él está arriba, a la altura;
si está en el abismo, al lodo.
Así te amo y te amaré;
así yo el amor comprendo.
De otro modo, ni lo entiendo,
ni lo siento, ni lo sé.

Fel. ¡Bien mío!

Marg. Torpe es la idea
que tus dudas ha causado.
Háblame de tu pasado
por muy horrible que sea;
refiéreme uno por uno
tus tormentos, tus dolores,
tus afrentas, tus rencores,
sin ocultarme ninguno.
Si hay penas, sabré llorarlas;
si injusticias, combatirlas;
si humillaciones, sufrirlas;
si amarguras, consolarlas;
y si tu pasado es
digno de infamia y castigo,
sabré arrostrarlo contigo
aunque sucumba después...

Fel. Aunque tu bondad quisiera,
alcanzarlo no podría.

Marg. ¡Felipe!

Fel. No faltaría
quien hacerlo te impidiera.

Marg. ¿Sujetar mi corazón?
¿Y quién iba a conseguirlo?
No hay razón para impedirlo.

Fel. ¿Y si tuviesen razón...?

Marg. ¿Tenerla...? Yo quiero unir
nuestra suerte. De eso trato.
Sea cual sea, la acato,
¿quién me lo puede impedir?
¿Eres hijo del azar?
No importa. Te amo y te sigo,
y el baldón parto contigo
y no te dejo de amar.

¿Algún ultraje obscurece
tu fama? Yo lo soporto,
y contigo lo comparto
y mi amor contigo crece.
¿Fuiste criminal? Pues bien,
no cedo. ¿Estás deshonrado?
¿Eres pobre? ¿Desgraciado?
te sigo y te amo también.
A todo la inmensidad
de mi cariño se impone.

Fel. (Aparte.)
(¡Todo, todo lo supone,
todo, menos la verdad!)
Santa y hermosa mujer,
que arrojan en mi camino
asechanzas del destino
que yo no supe vencer,
mi amor con el tuyo humillas.
No, yo no puedo adorarte
como a mujer, debo amarte
como lo hago, de rodillas;
admirando tu candor
que por mi desdicha clama.
Tú no eres la mujer que ama,
porque eres todo el amor.
(Aparece don Anselmo en el fondo y contempla sin ser visto de ellos el grupo que forman Margarita y Felipe.)
Mi afecto no necesita
más premio ni más merced.

Marg. ¡Felipe de mi alma!
(Don Anselmo, que ha ido avanzando lentamente, exclama encarándose con Felipe.)

Ans. ¿Usted
a los pies de Margarita?

ESCENA V

DICHOS y DON ANSELMO

Fel. ¡Don Anselmo!

Ans. No pensara
yo nunca que en este hogar
quien alto podía hablar
del misterio se amparara;
ni creí que la hija mía,

cuando el momento llegase
de que a un extraño adorase,
su pasión me ocultaría.

Marg. ¡Padre!

Ans. Soy hombre de honor,
y hombre de honor le he juzgado
cuando su mano he estrechado.

Fel. ¡Don Anselmo!

Marg. Por favor.
Escucha.

Ans. Debo quejarme
de ver que a tu padre alcanza
tu falta de confianza.
(A Felipe.)
Usted debió revelarme
su apasionada querella.

Fel. (Aparte.)
¡Y yo a tal infamia llego!

Marg. Padre, yo...

Fel. Señor...

Ans. Le ruego
que me deje aquí con ella.
Voy de su ventura en pos
y a solas deseo hablarla.

Marg. Felipe...

Fel. (Aparte.)
¡Yo abandonarla!...

Ans. Luego hablaremos los dos;
(Ademán de interrupción en Felipe.)
modere usted su ansiedad.

Fel. Yo fuí quien de ella a despecho..

Ans. ¡Salga! Aún me asiste el derecho
de imponer mi voluntad.
Aún la puedo detener
en mis brazos, aún es mía.
(Felipe se dirige hacia don Anselmo como si quisiera hablarle; luego se detiene y se encamina precipitadamente hacia la puerta lateral izquierda.)

Fel. (Aparte.)
Mi esperanza y su alegría,
todo sucumbe, ¿qué hacer? (Sale.)

ESCENA VI

MARGARITA, DON ANSELMO y al final CARLOS

Ans. ¿Me recatabas tu amor,
Margarita?
Marg. ¡Padre mío!
Ans. Si yo tu ventura ansío;
si mi deseo mejor
es contemplarte dichosa,
¿a qué venía ocultarme
tu cariño? ¿A qué engañarme?
Marg. ¡Padre, perdón!
Ans. Triste cosa
es pasar la vida entera
a un afecto consagrado,
y vivir a él entregado
como si más no no existiera,
para ver que se derrumba
cuando nuestro ser perece,
y nuestra alma se estremece
sobre el borde de la tumba.
Por ti existo, sin tener
otra ambición ni otra mira...
Después del que un hijo inspira
¿qué afecto puede caber?
Ninguno; en él se concentra
toda gloria y todo empeño;
pero ese querido dueño
un hombre a su paso encuentra,
sus ojos en los de él fija,
se une a él con una mirada,
y el que es padre ya no es nada
en la existencia de su hija.
Marg. Nunca, señor, no lo creas;
siempre hice de ti el objeto
de mi amoroso respeto;
aunque de otro hombre me veas,
seré a tus desvelos fiel.
Ans. ¿Y siéndolo, me engañaste
y la verdad me ocultaste?
(Ademán de interrupción en Margarita.)
¿Qué le has ocultado a él?
Marg. Señor...
Ans. Engañarme así...

Marg. ¡Padre, por piedad...!
Ans. Dejemos
mis penas, de ellas no hablemos.
Hablemos de él y de ti.
¿Le quieres mucho?
Marg. Señor...
Ans. Dilo.
Marg. Mi existencia es suya.
Ans. Y él a cambio de la tuya,
¿te da su vida y su honor?
Marg. Sí, padre.
Ans. Y si yo exigiera
de ti que le abandonases
que de quererle dejases...
Marg. ¡Cómo!
Ans. Si yo te dijera
no ames, ¿qué harías después
de oirme?
Marg. No sé qué haría,
sólo sé que moriría.
Ans. Le adoras... ¡Qué feliz es...!
No temas, bien mío, no,
que a tu deseo me oponga
y que mi capricho imponga
a tus voluntades. Yo
las respeto.
Marg. ¡Y él que dudaba!
Ans. ¿Dudar?
Marg. No es eso... Temía
tu oposición... Yo sabía
que al pensarlo se engañaba.
Lo sé. En tu cariño fío.
¿Verdad?
Ans. ¡No ha de ser verdad
si esa es tu felicidad!
Marg. ¡Qué bueno eres, padre mío!
Ans. Que duda, ¿pero por qué?
Marg. Porque recela...
Ans. (Aparte.) ¿Qué es esto?
¡Habla!
Car. Me voy, si molesto.
Ans. ¡Carlos!
Car. ¿A estorbar llegué?
Marg. No, yo salía.
Car. Corriente.
Hasta luego.

Marg. Adiós. (Sale por la derecha.)
Ans. Adiós.
Car. Estando solos los dos,
hablaré más fácilmente.
Ans. Ella podía impedir...
Car. No tanto; pero yo quiero
que usted escuche el primero
lo que le voy a decir.

ESCENA VII

DON ANSELMO, CARLOS y al final GASPAR

Car. Expondré a usted mis propósitos
sin retóricos alardes,
que ni entran en mis costumbres
ni encajan en mi carácter.
Bajé al jardín con objeto
de detenerle y hablarle;
no estaba usted, dí la vuelta
y vengo para que acaben
de una vez estas zozobras
conque mi pecho combate.
Ans. No te comprendo, pero habla.
Car. El comprenderme es muy fácil.
Usted conoce mi vida
y toda mi historia sabe.
Solo en este mundo y falto
del apoyo de mis padres,
dí comienzo a mis estudios;
con ellos marché adelante,
y ultimada mi carrera
y al término de mis viajes
pregunto a usté y me pregunto:
El que huye las liviandades
que a la juventud mantienen
en un delirio constante;
el que del hogar ansía
los goces inacabables,
y está huérfano y posee
sólida y segura base
para luchar con la vida,
¿qué debe de hacer?
Ans. Casarse

con una mujer honrada
que le respete y que le ame.

Car. Yo también pienso lo mismo,
y los motivos que me hacen
provocar esta entrevista,
a mi casamiento atañen.

Ans. ¿Y yo, qué puedo decirte,
ni qué puedo aconsejarte?
(Aparte.)
¡Pobre Carlos!

Car. Es que todo
depende de usted. El ángel
en quien mi esperanza fundo,
es Margarita. Durante
la ausencia, vino conmigo
su hermosa y querida imagen.
En ella he pensado siempre,
y aquí vengo para darle,
si usted quiere y ella acepta,
mi nombre. Estos mis afanes
han sido, este mi deseo
y esto lo que a usté me trae.

Ans. Carlos... De sobra conoces
que fuera dichoso trance,
para quien como yo te ama
y lo que mereces sabe,
darte a mi hija, y mi ventura
con su ventura entregarte;
pero bien a pesar mío
y sintiendo tus pesares,
debo decirte que pides
lo imposible... Llegas tarde.

Car. ¿Por qué?

Ans. Porque Margarita
ama a otro hombre.

Car. ¿A quién?
Acabe.

Ans. ¿No lo adivinas?

Car. No acierto...

Ans. Felipe.

Car. ¡Qué!

Ans. De amargarte
la esperanza me conduelo;
pero mi deber...

Car. ¡Oh, calle,
calle usted!... Lo que me asusta

no es mi dolor, son sus frases.
Felipe y ella... No es cierto.
Usted se engaña.

Ans. Engañarme,
¿por qué?

Car. Porque es imposible
que ella le ame, ni que él la ame.
Usted se funda en supuestos
faltos de apoyo y de base;
usted sueña.

Ans. Los he visto
aquí mismo hace un instante
hablando de amor; por mi hija
supe que ese amor es grande,
y determiné aceptarlo.
¿Qué habrá que saber me falte?

Car. Mucho; lo que usted ignora;
que ese hombre es un miserable.

Ans. ¿Tal dices?

Car. Y lo repito,
porque si ofrecí callarme,
no fué del honor en contra,
y el honor me obliga a que hable.
Ese hombre a quien usté ofrece
venturas inacabables,
ni es quién para merecerlas,
ni de ellas está al alcance.

Ans. ¡Cómo!

Car. Felipe es casado.

Ans. ¿Estás loco o delirante?
Tú eres quien sueña.

Car. No sueño.

Ans. ¡El ha de ser tan infame!...
¡él iba a intentar!... ¡no es cierto!...
dentro de mi alma no cabe
suposición tan monstruosa.
¿Será tan vil, tan cobarde,
que a mi hija...?

Car. Sí.

Ans. ¿No has mentido?

Car. Estoy dispuesto a probarle
la verdad de mis palabras,
en forma que no le asalten
dudas.

Ans. ¡Probarlo tú!... ¿Cómo?

Car. Arrojándole al semblante

aquí mismo, en su presencia,
la iniquidad de sus planes.

Ans. ¡Pobre Margarita mía!
¡Y yo he llegado a admirarle!
Basta. Si sufrí el engaño,
no consentiré el ultraje.
¡Gaspar!

Car. ¿Qué intenta?

Ans. Bien claros
están mi objeto y su alcance;
que tu acusación mantengas.
Luego... Gaspar... ¡Miserable!

ESCENA VIII

DICHOS y GASPAR, por el fondo

Gas. ¡Señor!

Ans. ¿Está don Felipe
aun en casa?

Gas. Hace un instante
se encontraba paseando
en el jardín.

Ans. Vé a buscarle,
y dile que aquí le espero.

Gas. Está bien. (Sale.)

Ans. ¡Quiso robarme
más que la existencia, la honra!
Gracias, Carlos.

Car. Repórtese,
es conveniente.

Ans. ¡Dios mío!
No temas que me acobarde
el dolor.

Gas. Viene en seguida.

Ans. Sal. Que no nos oiga nadie.
(Sale Gaspar por el fondo.)

ESCENA IX

DICHOS y FELIPE. Al final MARGARITA

Fel. ¿Me llamaba?

Ans. Sí, tenía
por verle afán tan profundo,

que un siglo cada segundo
a mi anhelo parecía.

Fel. ¿La causa?...

Ans. Una acusación
que contra usté ha dirigido,
alguien que me ha prevenido
de una cobarde traición.

Fel. ¡Acusación!

Ans. Y al hacerla
y en contra de usté lanzarla,
está dispuesto a probarla.

Car. Y dispuesto a mantenerla.

Fel. ¡Cómo! ¿Acaso usted osó
revelarle?... ¡No es posible
desventura tan horrible!
Usted callar me ofreció,
y yo ofenderle no quiero;
mas si a tanto se ha atrevido,
ni es noble, ni bien nacido,
ni honrado, ni caballero.

Car. ¡Me insulta!

Ans. ¡Basta!
(A Felipe.) Yo sé
que ha sido honrado al hablar.
Me falta ahora averiguar
un hecho. Si lo es usted.

Fel. ¡Don Anselmo!

Ans. El asegura,
y por su fe lo ha jurado,
que usté es un hombre casado.
¿Esto es verdad o impostura?

Fel. ¿Pero es cierto o loco estoy?

Ans. Sólo eso me ha de decir.

Fel. (Aparte.)
¡Margarita! ¿A qué mentir?
¿A qué negarlo? ¡Lo soy!

Ans. ¿Y de honradez hace alarde,
y ultraja a ese hombre después
de tal infamia? ¡Usted es
el canalla y el cobarde!

Fel. ¡Don Anselmo!

Ans. Lo repito.

Fel. ¡Oh, mi cerebro enloquece!

Ans. Sólo esos nombres merece
el que prepara un delito
y el duelo quiere sembrar

de peligros a cubierto,
en un hogar que ha abierto
sus puertas de par en par.

Fel. Señor...

Ans. Mi amistad le dí;
nada le negó mi fe.
Eso hice yo por usté...
¿Qué es lo que hizo usté por mí?
Engañarme por sorpresa;
ocultar su condición;
proceder como el ladrón
en acecho de la presa
que ante sus pasos se agita;
escarnecerme, humillarme,
y mentir para robarme
el honor de Margarita.

Fel. ¿Que yo alimenté la idea
de ser inicuo y traidor
a sabiendas? ¡Oh, señor,
no lo crea, no lo crea!
Convencerle necesito,
jamás en ello pensé;
ví a Margarita y la amé,
este es mi único delito.
Pero al mirar que era un sueño
mi amor, traté de matarlo
y luché por ocultarlo
con decisión, con empeño,
con fiebre... usté no podía
conmigo cruel mostrarse,
si pudiera usté asomarse
al fondo del alma mía.
¿Cómo vencer la locura
de mi alma, si la aumentaban
mis ojos que la miraban
su nobleza, su hermosura,
y la pasión que en mi pecho
repetía sin cesar...
ama, ama; porque amar
no es delito, es un derecho?
¡Oh, cuánto, cuánto sufrí!
Llegó un día y no encontré
fuerzas en mi alma y hablé...
pero quien procede así,
quien sin hipócrita alarde
con tesón ha combatido,

cuando cae es un vencido,
no un canalla y un cobarde.

Ans. Aun la compasión invoca.

Fel. ¡La compasión!... Ni la espero,
ni la pido, ni la quiero.

Car. Fuera empresa torpe y loca
solicitar tal merced.
Quien a crímenes da abrigo,
sólo merece castigo
y afrenta.

Fel. ¡Qué dice usted!
¡Usted se atreve a injuriarme!
Este hombre, este anciano puede,
mi culpa se lo concede,
escarnecerme, humillarme,
ser inflexible, severo,
cruel, y lo sufro yo...
pero de usted... de usted, no;
a usted no se lo tolero.

Car. Es que intento castigar
a un traidor.

Fel. ¡También ese es
mi objeto... pero después!
Ahora él solo debe hablar.
Hable usted, cuanto me pida
estoy dispuesto a cumplir.
Usted lo puede exigir
todo. Mi suerte decida.

Ans. Como ese umbral no lo pasa
nadie que no sea honrado
y usté al honor ha faltado,
le arrojo a usté de mi casa.

Fel. ¡Y ella!...

Ans. Largos los instantes
son para mi afán.

Fel. ¡Dios mío,
qué duro eres y qué impío!
Ya le obedezco.
(Se dirige al fondo.)

Ans. Pero antes
de arrojarle necesito
algo más.

Fel. ¿Qué es lo que intenta?

Ans. Que ella, a quien usted afrenta,
conozca de usté el delito
y abjure de su amor ciego.

Fel. ¡Oh, señor, qué va usté a hacer!
Ans. Mi derecho y mi deber.
Fel. No, por piedad se lo ruego.
¿Usted de golpe arrojarla
a un abismo tan horrible?
No lo hará usted, no es posible.
Ans. ¿Por qué no?
Fel. Porque es matarla.
(Don Anselmo se dirige hacia la derecha.)
Ans. Déjeme usted.
(Encaminándose a la puerta de la derecha.)
Fel. (Poniéndose delante de él.)
¡Por piedad!
Ans. ¡Paso!
Car. ¿Y teme usté así?
Fel. ¡Es por ella, no es por mí!
¡Que no sepa la verdad;
por su ventura lo ansío
y lo pido en este instante
prosternado, suplicante!
(Aparece Margarita por la puerta lateral de la derecha.)
Marg. ¿Padre... qué es esto?
Fel. (Retirándose al foro.) ¡Dios mío!

ESCENA X

DICHOS y MARGARITA

Car. ¡Ella!
Marg. ¡Señor!
Ans. ¿Ves a ese hombre?
Hace un instante cayó
a tus pies y te ofreció
su corazón y su nombre.
Fel. ¡Calle usté!
Ans. Mintió al jurar
tal cosa.
Marg. ¡Padre!
Ans. Concluyo.
Fel. ¡Basta!
Ans. Su nombre no es suyo
y no te lo puede dar.
Marg. ¿Qué dices?
Ans. Que no ha de hacer

lo que mintiendo te ofrece;
que su nombre pertenece
de derecho a otra mujer.

Marg. ¿Qué escucho? A creer no acierto
que esa frase has pronunciado.
¡El, mi Felipe casado!...
¡Mentira, padre, no es cierto!

Fel. ¿Qué ha hecho usted?

Marg. Tanta maldad
no cabe en su corazón.
(A Carlos.)
¿Dime, no es una ilusión
lo que me ha dicho?

Car. Es verdad.

Marg. ¡Tú también! ¿Y qué me extraña
que tu odio esa acción intente?
¡No, Felipe es inocente!
(A Felipe.)
¡El que te acuse, me engaña!
Es mi padre, ya lo veo;
pero mi padre delira.
¡Habla tú, di que es mentira
y a ti tan sólo te creo.

Fel. ¡Margarita!

Marg. ¡Dilo, sí!

Fel. ¡Alma de mi alma!

Marg. ¿Y escondes
el rostro? ¿No me respondes?
¿Conque es verdad?
(Cae desmayada en el diván.)
¡Ay de mí!

Car. ¡Margarita!

Ans. ¡Hija!

Fel. ¡Ella!

Ans. ¡Atrás!
¡Salga, que la ira me abrasa,
salga pronto de esta casa
que no ha de pisar jamás!

Fel. ¡Y su tormento he de ver
sin consolar su agonía!

Ans. ¡Pronto!

Fel. (Aparte.) ¡Sufre, y siendo mía
no la puedo socorrer!
¡Arrojarme!... Se detiene
en tal punto y nada intenta,
y con eso se contenta.

Ans. ¡Salga!

Fel. ¡Más castigo tiene
la infamia que cometí!
¡Yo quise robar su honor!...
¡Máteme usté... es lo mejor
que puede usté hacer por mí!
(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en casa de don Felipe, lujoso, y severamente decorado. Puerta al fondo. Una ventana en el lateral derecha, y una puerta en el izquierdo. A la derecha una mesa de despacho sobre la cual habrá libros y papeles. En primer término, y también a la derecha, un diván: delante de la mesa un sillón, en el cual está sentado Felipe al comenzarse el acto.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y JOSÉ

José En menos de dos minutos
crucé el camino que media
de nuestra casa a la casa
de don Anselmo; llegué a ésta,
y sin ser visto de nadie,
que usted encargó reserva,
vi a Rosa, le di la carta,
y vine.

Fel. ¿Cómo se encuentra
Margarita? ¿Hablaste a Rosa?
¿Qué dijo?

José Que tras la escena
que dió motivo al disgusto
y que a explicarse no llega,
quedó en silencio la sala;
inmóvil como una muerta
la señorita; su padre
lleno de angustia y de pena;
don Carlos más que furioso

contra lo que usted hiciera,
y de puro sobresalto,
Rosa convertida en piedra
sin saber lo que pasaba
ni dónde acudir; que en fuerza
de cuidados y de tiempo,
alzó sus pestañas negras
la señorita, mostrando
un color y unas ojeras
y una mirada y un gesto
que daba compasión verla.

Fel. ¿Y después?

José Hacia su cuarto
fuese cada cual. Apenas
se encerraron, vino el cura,
estuvo como hora y media
hablando a la señorita,
y este es el punto y la fecha
en que después de una noche
en que no había una estrella
en el cielo, y en la casa
uno solo que durmiera,
de una mañana muy triste
y una comida muy seria,
si es comer estar sentado
sin comer junto a la mesa
está todo como estaba
sin ninguna diferencia.

Fel. ¡Pobre Margarita mía,
qué horas de dolor la esperan!
¿Y mi carta? ¿La entregaste?

José Rosa se quedó con ella,
mientras yo, por no ser visto,
daba hacia casa la vuelta.

Fel. Bien está. Déjame.
(Se marcha José.)

ESCENA II

FELIPE, luego JOSÉ, con una bandeja en la mano; al final CARLOS

Fel. ¡Todas
mis esperanzas por tierra!
¿Y he de abandonarla? ¡Nunca!

Sería cobarde... Sepa
por mi carta mi desdicha
y de mi suerte resuelva.

José ¡Señorito! (Entra.)

Fel. ¿Tú? ¿Qué quieres?

José Tome usted. (Le da una tarjeta.)

Fel. ¡Una tarjeta!
¡Carlos aquí!

José Ya le he dicho
que usted acaso no pueda
recibirle... pero insiste,
y sus órdenes espera.

Fel. ¡Qué me extraña! Me aborrece,
es muy natural que venga.
Dile que pase.
(José se dirige al fondo y entra seguido de Carlos.)

Car. Sin duda,
le sorprende mi presencia.

Fel. No, señor.

José ¿Manda algo?

Fel. Vete.
(Sale José.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS

Fel. Ni recelo ni sorpresa,
ya lo ve usted.

Car. De ese modo
resulta fácil tarea
lo que al buscarle me impuse.

Fel. Es un lance lo que intenta,
¿verdad?

Car. Sí; quise escribirle;
pero imaginando que estas
cuestiones más fácilmente
que con escrituras necias
o dilatorias, sin trámites
y cara a cara se arreglan,
pensé venir a su encuentro
y aquí estoy.

Fel. Enhorabuena.
Que yo le ahorrara el camino
como pronto no viniera.

Car. Si en eso estamos conformes,
poco que decir me resta.
Usted, cuando yo cumplía
deberes de mi conciencia,
me insultó; usté ha pretendido
con asechanzas rastreras
robar la dicha a un anciano
y el honor a una doncella.
Estos dos seres que sufren,
que mi propia sangre llevan,
son dignos de mi respeto
y hago mías sus afrentas.
Esto es lo que a usted me trae,
ésta la razón suprema
de mi conducta.

Fel. No; hay otra.

Car. ¿Que hay otra?

Fel. Quien valor muestra,
debe tener el más grande,
el valor de la franqueza.

Car. ¿Y a mí me falta?

Fel. Sin duda,
porque su furor alientan
no la honra, no los insultos
que mi labio profiriera,
y que hoy lo mismo que entonces,
mantengo en toda su fuerza,
sino el amor insensato
que a Margarita profesa.

Car. ¿Qué dice usted?

Fel. Que usted la ama,
que ella su pasión desprecia
y a la mía corresponde;
que los celos le atormentan,
y que mi amor le da envidia,
y le enfurece y le inquieta.
Esta es la causa; conviene
decir la verdad entera.

Car. No lo niego; pera aun siendo
sus suposiciones ciertas,
¿qué valen para este asunto?
Sea la causa cual sea,
no importa si usted no busca
pretextos.

Fel. ¿Quién, yo? No tema
que por evitar un lance

me disculpe o me arrepienta.
Para morir y dar muerte,
siempre dispuesto se encuentra
el que odia con toda su alma
y el que la vida desdeña.
Yo odio a usted, porque ha deshecho
mis ilusiones más bellas;
porque mató mi ventura...
ventura insensata, incierta,
pero ventura... Por eso
odio a usté. En lo que respecta
a la vida, ¿qué es mi vida
para que yo la proteja,
si acaso la muerte es la única
esperanza que me resta?

Car. ¿En alarde generoso
me vende usté la fineza
de su vida? ¿Quiere darla?

Fel. No; trato de defenderla,
porque aun Margarita existe;
aun puedo calmar sus penas;
aun no lo he perdido todo;
y mientras esto suceda,
defenderé palmo a palmo
su cariño y mi existencia.

Car. ¿Qué ha dicho usted? ¿Que pretende
su cariño?

Fel. Pues qué, ¿piensa
que iba a abandonarlo?... Este hombre
está demente.

Car. ¡Bien sienta
ese afán en un infame
burlador de honras ajenas,
que ni honor tiene en el pecho,
ni virtud en la conciencia!

Fel. ¡Cómo! (Avanzando hacia Carlos.)

Car. Lo repito.

Fel. ¡Calle,
calle usted! La mejor prueba
de mi honor se la estoy dando
con no arrancarle la lengua.

Car. ¡Pruebe!

Fel. Está usted en mi casa
y el respeto me lo veda.

Car. ¡Respeto!... Es verdad, perdone
mi arrebato y mi imprudencia:

perdónelo, y terminemos
de una vez... Nuestras ofensas
son grandes, la muerte sólo
las dirime y las remedia.
Esta es la cuestión precisa.
Yo le reto; ¿usted acepta?

Fel. Sin dudar. ¡No he de aceptarlo!

Car. ¿Y cuándo?

Fel. Cuando usted quiera.

Car. Dentro de una hora. Bastante
luz en el espacio queda
para buscar dos espadas,
testigos y una desierta
planicie, donde nuestro odio
lugar y término tenga.

Fel. ¿Aquí en este pueblo? ¡Nunca!

Car. ¿Por qué?

Fel. Deshonrarla fuera;
que este lance comentado
por la turba vocinglera
que hace del honor juguete
y de la calumnia fiesta,
sobre su fama caería.
como un padrón de vergüenza.
Viviendo yo, contra todos
tengo brío y tengo fuerza;
mas si en el lance sucumbo,
desamparada se queda,
y no es justo que nosotros
demos pábulo a su afrenta.
Esto evitar nos precisa.

Car. ¿Y cómo?

Fel. Poniendo tregua
al furor que nos combate
y ultimando la contienda
en sitio donde ninguno
saber ni imaginar pueda
el móvil que nos impulsa
y el objeto que nos lleva.

Car. Conformes. Ya sólo falta
que encontremos la manera
de arreglarlo.

Fel. En ese punto,
que su discreción resuelva.

ESCENA IV

DICHOS y JOSÉ; detrás el PADRE ANDRÉS

José ¿Don Felipe? El Padre Andrés.
Car. El viene...
Fel. Nadie hay que impida
lo pactado; usté decida
y avísemelo después.
P. And. Señores... (¡Carlos aquí!) (Aparte.)
Car. Adiós.
Fel. ¿Qué razón le asiste
para verme?
P. And. ¿A qué viniste
y por qué te encuentro aquí? (A Carlos.)
Car. ¿A qué vine...? A castigar.
P. And. Mal hace quien por fin tiene
la venganza.
Car. ¿Usté a qué viene?
P. And. Yo a sufrir y a perdonar.
(Sale Carlos por el fondo y el Padre Andrés se dirige al primer término donde está Felipe.)

ESCENA V

FELIPE y el PADRE ANDRÉS

Fel. ¿Usted en mi casa?
P. And. ¡Yo!
Fel. Después de lo sucedido,
nunca hubiera presumido
que viniese.
P. And. ¿Por qué no?
Fel. Padre Andrés...
P. And. Vengo a buscarle
porque mi deber lo ordena;
porque me aflije su pena;
porque quiero suplicarle
en favor de una mujer,
para quien piedad reclamo.
Fel. Si con toda mi alma la amo,
¿qué daño la puedo hacer?
El que la hice fué a despecho

de mi voluntad. Lo quiso
la suerte, que de improviso
metió su amor en mi pecho,
labrando mi desventura
y forjando su agonía;
pero en mí no hubo falsía
ni asechanza.

P. And. Fué locura
criminal.

Fel. Locura acaso:
crimen no lo pudo ser.

P. And. Quien deshonra a una mujer
inocente que a su paso
confiada se presenta;
quien por un lascivo empeño
se hace de esa mujer dueño,
y la envilece y la afrenta
y no doma su apetito,
ante el pudor, es culpable.

Fel. Señor cura...

P. And. Y responsable
de traición y de delito.
Su culpa en mí halla merced;
pero me arredra y me espanta.

Fel. ¡Mi culpa!

P. And. ¡Es grande!

Fel. No es tanta
como la imagina usted.
Si mi pasado supiera...

P. And. Lo sé.

Fel. ¿Conoce mi vida,
y siéndole conocida
me habla usté de esa manera?
Mi nombre fué deshonrado
por una infame, yo en precio
de su perjurio, al desprecio
y al odio la he condenado.
Mi alma en libertad quedó.

P. And. No es cierto.

Fel. Es cierto; porque ama
el hombre honrado a la dama,
a la cortesana, no.

P. And. La ley de usted ha exigido...

Fel. ¿Qué exigió? Un tormento horrible.

P. And. Un deber.

Fel. Un imposible;

por eso no la he cumplido.
La ley me quitó el derecho
de templar mis desventuras
en ansias dulces y puras;
pero no arrancó a mi pecho;
no posee tal virtud
lo que en él quiso poner
Dios, la esencia de mi ser,
el brío, la juventud,
la sangre que se acumula
en hirvientes oleadas,
sobre las venas hinchadas
por donde bulle y circula;
los músculos que a la vida
firmeza y poder ofrecen;
los nervios que se estremecen
con varonil sacudida;
y el alma que al desclavarse
de la inmensidad del cielo
busca con honrado anhelo
otra alma a quien enlazarse.

P. And. Basta.

Fel. El social entredicho
no tuvo tanta firmeza,
porque la naturaleza
no se doblega a capricho.
Ella al amor me inducía
y tuve que obedecer.

P. And. ¿Deshonrando a una mujer?

Fel. Amando como debía
amar; a quien conociese
lo que vale una pasión,
y al darme su corazón
toda su vida me diese...
¿Pues qué, iba yo a sujetar
mi sangre viva e inquieta,
al tormento del asceta
o al amor del lupanar?
No, Padre, imposible, no...
(Ademán de interrupción en el Padre Andrés.)
Imposible para mí.
¡Ni para asceta nací,
ni en el vicio me hundo yo!

P. And. ¡Torpe excusa! Su delirio
podrá en parte disculpar
el hecho, no terminar

con el horrible martirio
de esa infeliz criatura,
que sus dichas le ha entregado
y a quien usté ha deshonrado.

Fel. Dar alivio a su amargura
es lo que mi anhelo ansía;
si no lo hallo, lo aseguro,
y por mi honor se lo juro,
no será la culpa mía.

P. And. ¿Qué dice usted?

Fel. La verdad.
¿Es cierto que he delinquido?
Pues bien, consejo le pido.
No busco la impunidad.
Yo le ofrezco a Margarita
por su perdida inocencia
mi porvenir, mi existencia...
más aún si más necesita;
lo que mande, lo que intente;
ser suyo, estar a su lado,
vivir a ella consagrado
mientras que mi pecho aliente;
no abandonarla jamás...
De ella son, si los reclama,
mi fe, mi sangre, mi fama;
no puedo ofrecerle más.
¡Qué más debo hacer, señor,
qué!

P. And. Nada, y nada resuelve;
ni así la dicha la vuelve,
ni así repara su honor.

Fel. ¿Lo hecho ya no puede hallar
ningún remedio? ¿Ninguno?

P. And. Remedio tal vez, hay uno,
y de eso le vengo a hablar.

Fel. ¿Que lo hay? ¡De encontrarlo trato,
esa es mi constante idea!
Dígalo; sea cual sea,
yo lo admito y yo lo acato.
Hable usted.

P. And. Ningún consuelo
pueden al mundo exigir.

Fel. ¿Qué hacer entonces?

P. And. Sufrir
con la esperanza en el cielo.
Olvidar esa pasión,

ese insensato delirio;
conseguir por el martirio
el olvido y el perdón;
dejar en la sombra caer
lazos que el tiempo desliga...

Fel. No siga, padre, no siga,
porque eso no puede ser.

P. And. ¿Mis ruegos rechaza?

Fel. Sí.
¡Cómo la he de abandonar!
Hacerlo fuera aumentar
la infamia que cometí.
¿Pues que, debo yo decirla,
nuestra pasión fué locura,
sufre sola tu amargura
porque no puedo impedirla
porque te abandono? No.
De mí esa acción no reclame,
porque eso sería infame,
porque eso no lo hago yo.

P. And. ¡Qué honda y qué terrible huella
la del mal! ¡Siempre persiste!
¡También usté se resiste!

Fel. ¿Acaso se resistió ella?
¡Dígalo usté, por piedad!

P. And. Ella se resiste y lucha,
y mis súplicas escucha
en su triste ceguedad,
y en su cruel arrebato
que lo imposible reclama.

Fel. ¿Conque es verdad? ¿Conque me ama?

P.And. ¡Qué dice usted, insensato!

Fel. ¡No ha de amarme! Era preciso

P. And. Yo venceré su dolor,
y haré que olvide este amor
con que Dios probarla quiso.

Fel. ¡Olvidarlo!

P. And. De eso trata
mi razón, y eso he venido
a pedirle.

Fel. ¿Usté ha creído
que así un efecto se mata;
que así muere una pasión;
que así el alma se desvía?
No, Padre; tanto valdría
arrancarse el corazón.
Es más aún.

P. And. Pues pido más
a su criminal locura.
Fel. Bien se advierte, señor cura,
que usté no ha amado jamás.
P. And. ¡Basta! Escucharle no puedo;
pero su bien me interesa
y no cederé en la empresa.
Fel. ¡Es que yo tampoco cedo!
P. And. ¡Adiós!
(Felipe toca el timbre y entra José por el fondo con una lámpara encendida que deja encima de la mesa; luego se retira.)
Por última vez
que la olvide le aconsejo.
A solas con Dios le dejo:
sea El su guía y su juez.
El deshaga y El impida
la desdicha de los dos.
Fel. A solas quedo con Dios:
que El disponga y que El decida.
(Sale el Padre Andrés por el fondo.)

ESCENA VI

FELIPE, solo.

¡Que me ama, que piensa en mí!
¡que lucha que se resiste!
¡que padece! ¿Y aún insiste
en que me aleje de aquí
ese hombre? ¿Yo abandonarla?
¿Yo cometer tal flaqueza?
¿Yo sumida en su tristeza
y en su tormento dejarla?
¡El olvido... Proceder
como el que roba y se esconde!
¡Y ese anciano me responde
que así cumplo mi deber!
¿Puedo abandonarla yo
tras de burlar su inocencia?...
¡Nunca! Jamás. Mi conciencia
me está gritando que no.
Ella mis juicios inspira;
mi deber no es olvidarla,

es amarla, es consolarla;
lo demás, todo es mentira.
¿Nos unió la adversidad
o el amor? ¿Juntos nos vemos?
pues juntos seguir debemos;
esta es la sola verdad
que se ofrece al alma mía.
¡Me uno a ella, afirmo estos lazos,
y al menos tendrá mis brazos
para templar su agonía!
En esto mi ambición fundo
y alcanzarlo intentaré.
Si hay que luchar, lucharé
solo contra todo el mundo.
¿El mi existencia ha deshecho?
¿El a sufrir me condena?
Pues bien, rompo la cadena
y me libro... Es mi derecho.
No dudo. ¿Por qué arredrarme?
Voy de su ventura en pos...
Luego... que me juzgue Dios
que es quien tiene que juzgarme.

(Felipe se dirige hacia la mesa, toma asiento en el sillón y se dispone a escribir una carta. En este momento aparece José por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

FELIPE, JOSÉ y MARGARITA, por el fondo

José — ¡Señor! (Aparte.) (A hablarle no acierto.)
Señorito...

Fel. — ¿Qué? ¿Dirás
por qué entras? ¿Acabarás?

José — Pues que llamaron... he abierto,
entraron, y están allí. (Señalando al fondo)

Fel. — ¿Quién?

José — Rosa y la señorita.

Fel. — ¡Cómo!

José — Doña Margarita
dice que ha de entrar aquí.

Fel. — ¡Qué escucho! ¿Soñando estoy?
¡Ella aquí!

(Se dirige hacia el fondo y aparece en él Margarita.)

¿Pero es verdad

tamaña felicidad?
¡Margarita!

Marg. ¡Sí; yo soy!

(Felipe cierra la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

MARGARITA y FELIPE. Al final DON ANSELMO dentro

Marg. ¿Qué te extraña? A verte vengo;
porque mi angustia lo ansía.
¿Quién detenerme podría?
¡Mi honor! ¿Acaso lo tengo,
Felipe? Mi honor te dí,
era el mejor de mis bienes.

Fel. ¡Margarita!...

Marg. Tú lo tienes
y por eso estoy aquí.
Dejé en secreto mi hogar
porque verte deseaba,
porque la fiebre me ahogaba;
porque me aturde el pesar;
porque deseo escucharte...
¿Falto? ¿Cometo un delito?
No lo sé, no necesito
conocerlo Interrogarte
es lo que mi angustia quiere...
Felipe, ¿qué vas a hacer
con esta pobre mujer
que está sola y que se muere?

Fel. ¿Qué haré? ¿Y puedes ignorarlo?
¿No lo aciertas, Margarita?
¿Tu corazón necesita
de mis labios escucharlo?
¿Qué voy a hacer yo por tí?
¿Lo ignoras? ¿No lo conoces?
¿No lo está diciendo a voces
el amor que existe aquí?
¿Qué? Adorarte con delirio,
con infinita pasión
y lograr tu salvación
o seguirte en el martirio.
De mí no debes dudar.
Si en mi vida consistiera,
daría la vida entera

por salvarte, por borrar
el llanto que en tu faz brilla
y que al rodar se evapora
con la fiebre abrasadora
de tu encendida mejilla.
No llores... Cese el temor.
Por ti lo intento yo todo.
Si pensaste de otro modo,
no conocías mi amor.
Con recelo a mí no acudas.
Tú mi existencia posees.

Marg. ¡Felipe!

Fel. Dí que me crees.
Dí que de mi amor no dudas.

Marg. Por infame te juzgué;
pero tu carta leí;
tus desgracias conocí...

Fel. Y entonces...

Marg. Ya no dudé.
¡Dudar! ¿Cómo lo has creído?
Yo no dudo... Si dudara,
ni como he hablado hablara,
ni a verte hubiera venido.

Fel. Gracias.

Marg. Culparte no quiero,
porque tú no eres culpado;
eres sólo desgraciado;
pero pregunto y espero
que tú la respuesta des
a mi ansiedad. Si sufrimos,
si criminales no fuimos,
si grande nuestro amor es,
¿por qué la angustia nos mata?
¿Por qué ha de oponerse Dios
a la dicha de los dos?
¿Por qué el mundo nos maltrata?

Fel. ¡Bien mío!

Marg. ¿Por qué nos niega
un medio para salvarnos?
¿Por qué en vez de perdonarnos
al desprecio nos entrega?
Si nuestro amor es profundo
y noble, ¿debe morir?
¿Necesito yo vivir
ocultando a todo el mundo
las desventuras de mi honra?

¿Perdí por siempre la dicha?
¿Es perenne mi desdicha?
¿Será eterna mi deshonra?
No, no lo puedo creer.
Yo necesito escucharte,
y ser honrada y amarte...
¿Qué hacer Felipe, qué hacer?

Fel. ¿Qué? Si tu fe lo consiente,
si no te arredra el camino,
combatir con el destino
y arrostrarlo frente a frente.
No me importa la condena
social, ni el social rencor;
lo que me importa es tu amor.

Marg. ¡Felipe!

Fel. En tu horrible pena
los ojos hacia mí vuelves,
¿y a tu mal pides remedio?
pues bien, yo te ofrezco un medio
si a aceptarlo te resuelves.
En esta lucha espantosa
no temo. ¿Por qué temer?
Aun te puedo proteger;
aun puedo hacerte dichosa.

Marg. ¿Dichosa?

Fel. Sí.

Marg. Necesita
para ser dichosa mi alma,
de honra, de amor y de calma.

Fel. Escúchame, Margarita:
no es la pasión criminal
la que mis actos provoca;
amor es que en culto toca,
noble, sincero, leal.
El nuestra existencia liga;
en nombre de él quiero hablarte
y en nombre suyo salvarte;
no me importa lo que diga
la mundana sociedad.
Mi desprecio por el mundo
es tan grande y tan profundo
como lo fué su impiedad.
¿Que sus consecuencias huello?
¿que a todas sus leyes falto?
¿que sus costumbres asalto?
¿Y qué? por todo atropello.

¿Detenerme en el camino
cuando mi defensa imploras,
cuando sufres, cuando lloras?
¡No; ni me arredra el destino,
ni más puedo resistir,
ni otro es mi deber! Contesta.
¿A seguirme estás dispuesta?

Marg. ¿Qué intentas?

Fel. Huir.

Marg. ¡Huir!...
El oprobio, el deshonor
me ofreces.

Fel. ¿Y qué ofrecerte;
nos da otra cosa la suerte?
¿Pide otra cosa tu amor?

Marg. ¡El desprecio! ¡La vergüenza!

Fel. Ni por liviandad lo hacemos,
ni otro recurso tenemos.

Marg. ¡Felipe!

Fel. Que tu amor venza
el recelo y el espanto.

Marg. ¡Calla!

Fel. Yo sabré buscar
un ignorado lugar
donde amarte. ¡Y a qué tanto
ocultarlo! Aun cuando pueda
saberse nuestra pasión,
¿qué importa? Ya es ocasión
de que haya alguien que no ceda
y que su razón ostente
y mantenga su derecho
con el valor en el pecho
y la altivez en la frente.

Marg. ¡Calla por piedad!

Fel. Concluyo;
a defenderte me obligo.
De mi amor nada te digo,
porque ya sabes que es tuyo.

Marg. Juntos por siempre en la vida.

Fel. Eso te dije.

Marg. Verdad.
Eso es la felicidad... (Pausa.)
Felipe... ¿Y mi padre? ¡Horrible
pensamiento! ¡Si él supiera
mi deshonra, ¿qué dijera?
¡No, Felipe, es imposible!

Fel. ¿Qué dices?
Marg. Calla, no sigas,
no me quieras imponer
lo que yo no puedo hacer.
Nada intentes, nada digas.
Fel. ¿Vas a oponerte? ¿Tan poca
es tu fe?... ¿Te niegas?
Marg. Sí.
Fel. ¿Temes?
Marg. Temo y no es por mí.
En lo que a mi dicha toca
no temo. Lo que exigieras
de mí, con gusto aceptara;
mi vida... todo... Bastara
con que tú me lo pidieras.
Pero hay un hombre a quien debo
respeto, amor, y es ese hombre
mi padre; llevo su nombre
y a ultrajarlo no me atrevo.
Fel. ¿Tal dices?
Marg. ¡Yo deshonrarle
más que lo he hecho! ¿Qué sería
de mi padre? Moriría
y yo no puedo matarle.
Fel. ¿A tu padre seguirás?
Marg. Eso espero y eso ansío.
Fel. ¡Dejarme! Te desafío
a hacerlo. (Con desesperación y energía.)
Marg. Oye.
Fel. ¡No lo harás!
Yo también puedo exigir
lo que en su favor abonas.
¿Pues qué, si tú me abandonas,
crees que voy yo a vivir?
Marg. ¡Felipe!
Fel. ¡Tratarme así!
Ans. (Dentro.)
¡Basta!
Fel. ¡Ese acento!
José (Dentro.) ¡Señor!
Ans. (Dentro.)
No exasperes mi furor.
¡Paso!
Marg. ¡Mi padre!
Fel. ¡El aquí!
Ans. No hagas que por fuerza exija. (Dentro.)

Fel. Huye; aplacarle confío.
No temas.
(Se abre de par en par la puerta del fondo y aparece en ella don Anselmo.)

ESCENA IX

DICHOS y DON ANSELMO

Ans. Por fin.
Marg. ¡Dios mío!
Fel. Ya es tarde.
Ans. ¿Dónde está mi hija?
Fel. Don Anselmo...
Ans. ¡A que fingir!
Ella de su casa huyó;
la que a tanto se atrevió
sólo aquí puede venir
y sólo aquí pudo estar.
Fel. ¡Señor!
Ans. Ojalá mintieran
mis ojos, y no te vieran
donde te vienen a hallar.
Marg. ¡Padre mío!
Ans. ¡Así me llamas!
Fel. ¡Qué terrible sufrimiento!
Ans. ¿Cuando causas mi tormento,
cuando mi honradez infamas,
padre a llamarme te atreves?
¡Calla! Ni tú me has amado,
ni ese nombre has respetado,
ni aquí proferirlo debes.
Fel. ¡Don Anselmo, óigame usted!
Ans. ¡Oirle! Pero ¿estás loco?
¡Tiene mi honor en tan poco
que me ruega!
Fel. Por merced
lo pido.
Ans. ¡Basta!
Marg. ¡Me abrasa
el rubor!
Ans. ¡Oirle! ¿Ignora
que el afán que me devora
está en salir de esta casa
donde mi honor se atropella;

donde su fama padece
y su nombre se envilece?
Quiero salir pronto, que ella
es mi hija, aun siendo culpable;
por esto mi odio contengo;
por esto no me detengo
a aplastar a un miserable.
(A Margarita.)
¡Vamos! ¡Y tú has pretendido
deshonrarme, envilecerte!
No comprendo cómo al verte
mi furor he contenido.
¡Mi honra en olvido ponerla!
¡Infame!
(Amenazando a Margarita. Felipe se interpone entre los dos.)

Fel. No lo consiento.

Marg. ¡Felipe!

Ans. ¿Cuál es su intento?

Fel. ¿No lo ve usted? defenderla.
Usté es su padre, merece
mi respeto, está escudado
por ese nombre sagrado
que ante el dolor se engrandece.
De mí lo que usté decida,
lo que mande su furor,
¿desea mi honor? mi honor;
¿quiere mi vida? mi vida;
pero si osa usté llegar
hasta ella, que es el objeto
de mi amor, no le respeto,
no le puedo respetar.

Ans. ¡Cobarde!
(Margarita se levanta del sofá y acude al lado de su padre.)

Marg. Lo que dispongas
haré, mi deber lo ordena.
Es mi padre quien condena
y castiga... No te opongas.
(Felipe se retira a un extremo de la habitación en actitud desesperada.)

Ans. ¡Salgamos pronto!
(Cogiendo a su hija por la mano.)

Marg. Salgamos.
Lo que mandes cumpliré.
Ya no me resisto.

(Don Anselmo se dirige al segundo término. Margarita le sigue.)

Fel. ¡Qué!
Marg. ¡Adiós para siempre!
Ans. Vamos.
Fel. ¡Y va de su padre en pos!
¿Pero el alma no te grita
que me muero, Margarita?
(Margarita se detiene, luego vacila y se encamina al fondo donde está don Anselmo.)
Marg. ¡Adiós para siempre!...
Fel. ¡Adiós!
¿Huyes?... Yo sabré encontrar
remedio contra mi suerte.
Marg. ¡Felipe!
Fel. Tengo la muerte
y esa no me ha de faltar.
Marg. ¿Qué?... ¡morir tú!... ¡No es posible!
(Dirigiéndose hacia Felipe. Don Anselmo avanza después.)
Ans. ¿Qué haces?
Marg. ¿No ves su martirio?
Fel. ¡Oh!
Marg. Perdona mi delirio.
¡Morir tú, sería horrible!
¡No es posible que concluya
así nuestro amor!... ¡Dejarte!
Yo no puedo abandonarte,
porque te adoro y soy tuya.
Ans. ¡Tú suya! ¡A oirlo no acierto!
Marg. ¡Qué hice!
(Con angustia y ocultando el rostro entre las manos.)
Ans. ¿Y el rostro recatas?
¿De disculparte no tratas?
Fel. ¡Piedad, señor!
Ans. ¿Conque es cierto?
¿Conque usté burló su fe?
¿Conque ya no hay esperanza?
¡Sí, la tiene, la venganza!
¡Miserable!
(Dirigiéndose a Felipe irritado y resuelto.)
Fel. ¡Señor!
Marg. ¡Qué!
Ans. ¡La deshonra no se evita;
pero se paga la afrenta!
Fel. Estoy dispuesto.

Marg. ¿Qué intenta?
¡Nunca!
(Don Anselmo ha sacado un revólver y apunta a Felipe; Margarita se interpone y recibe un balazo.)
¡Jesús! (Cae.)

Fel. ¡Margarita!

Ans. ¡Cómo! ¡Yo enloquezco!

Fel. ¡Impío!

Ans. (Arrodillándose junto al cadáver de Margarita.)
¡Tanta desventura es cierta!
¡Hija mía!

Fel. ¡Muerta!

Ans. ¡Muerta!
¡Y muerta por mí! ¡Angel mío!

ESCENA X

DICHOS y el PADRE ANDRÉS

P. And. ¡Qué es esto! ¡Ella!...

Fel. ¿No lo ve?
Ya no existe... ¡La ha matado
y con vida me ha dejado!...
Pero a tiempo llega usté...
Su misión tiene un motivo.

P. And. ¿Un motivo?

Fel. ¿No lo acierta?
¡Pues enterrar a esa muerta
y maldecir a este vivo!

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

Teatro:

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.

El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo. Música de Ruperto Chapí.

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

Juan José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos, en colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

El tío Gervasio, monólogo en prosa.

El león de bronce, monólogo en prosa.

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso, en colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.

¡Pa mí que nieva! comedia en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en prosa. Música de Ruperto Chapí.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

Raimundo Lulio, zarzuela en tres actos y en verso. Música de Ricardo Villa.

El vals de las sombras, comedia lírica en un acto y en prosa. Música de Valverde (hijo).

Entre rocas, drama lírico en un acto y en verso. Música de Ruperto Chapí.

Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.

El Místico (traducción de Rusiñol), drama en cuatro actos y en prosa.

Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.

Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.

La conversion de Mañara, comedia en tres actos y en verso.

El crimen de ayer, drama en tres actos y en prosa.

Los majos de plante, sainete en un acto y en verso, en colaboración con Pedro de Répide.

Los majos de plante, sainete lírico en un acto, en colaboración con Pedro de Répide. Música de Ruperto Chapí.

Los tres maridos burlados, comedia lírica en un acto y en verso, en colaboración con Pedro de Répide. Música de Vicente Lleó.

Marinera, monólogo en prosa.

La confesión, drama en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, leyenda dramática en tres actos y en verso.

Sobrevivirse, drama en tres actos y un prólogo, en prosa.

En preparación:

Luz, comedia en tres actos y en prosa.

Artículos y cuentos:

Spoliarium.—Tinta negra.—De la batalla.—Espumas y plomo.—Crónicas.—De piedra á piedra.—Desde los Rosales.—Trapería.—Por Bretaña.

Poesías:

Del tiempo mozo. (Un volumen).

Novelas:

La gañanía.—Del camino.—El lobo.—Idos y muertos.—El sino.—El idilio de Pedrín.—Paraíso perdido.—Puesto de sol.—Rebeldía.—Los bárbaros.—Infanticida.—El Hampón.—Galerna.

Próximas á publicarse:

Encarnación. (Novela).—*Mares de España.* (Impresiones de viaje).

En preparación:

El caudillo. (Novela).

Precio: DOS pesetas